



El BÚHO que DIRIGÍA el BOSQUE

LIBRO PRIMERO

Guillermo Isaza Fiscó

*Una historia sobre la música invisible
que nace cuando aprendemos
a escucharnos.*



Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.

Una novela ilustrada para lectores de 7 a 13
años...

y para todos los adultos que aún conservan la
capacidad de escuchar un bosque.

Índice

La habitación

El búho

El mirlo

Lolo

La primera escucha

La confianza

La música que todavía no tenía nombre

El bosque escucha

La última obra

La niebla



A mi hija Carina,
y a quienes alguna vez creyeron
que escuchar era simplemente oír,
y descubrieron, con el paso del tiempo,
que escuchar también puede ser
una forma de amar.

A los directores de orquesta
que comprendieron que la primera tarea
de un director no es levantar la batuta,
sino aprender a escuchar.







La habitación

El día en que el silencio comenzó a desafinar

La noche había llegado sin hacer ruido.

No había golpeado las ventanas ni apagado de golpe los últimos colores del día. Se había limitado a entrar lentamente en la casa, deslizándose por los rincones, oscureciendo los muebles y dejando sobre las paredes una quietud azulada.

Parecía conocer aquel lugar. Avanzaba sin prisa, como si no quisiera despertar a los libros, ni interrumpir el leve crujido de la madera, ni romper el delicado equilibrio de una habitación donde hasta el silencio tenía la costumbre de respirar.

Afuera llovía.

No era una lluvia fuerte. Apenas un murmullo persistente sobre el tejado, una sucesión de gotas pequeñas que descendían por los cristales y deformaban las luces lejanas de la calle. Desde la cama, el niño las observaba reunirse, separarse y volver a encontrarse como si también ellas buscaran un camino.

La habitación era pequeña.

Las noches de lluvia siempre sonaban un poco distintas allí dentro. El tejado convertía las gotas en un murmullo suave, las mantas conservaban el calor del día y los libros parecían esperar, pacientemente, el momento en que alguien volviera a abrirlos.

Había una cómoda de madera junto a la pared, una silla cubierta por una manta y una estantería donde los libros se inclinaban unos sobre otros con el cansancio de quienes llevan muchos años contando historias.

En el suelo permanecían algunos juguetes abandonados: un tren sin una rueda, tres animalitos de madera, una caja de colores abierta y un caballo al que alguien había dibujado alas con lápiz azul.

La lámpara de la mesa de noche proyectaba una luz cálida sobre la cama.

Bajo aquella luz, la madre sostenía un libro cerrado. Un mechón de cabello había caído sobre su frente y, antes de abrir la primera página, lo apartó con un gesto distraído.

El niño la miraba desde debajo de las cobijas.

—Solo un capítulo —dijo ella.

El niño asintió con una solemnidad que no logró ocultar su sonrisa.

Aquella promesa era parte del ritual.

Solo un capítulo.

Después vendría otro.

Y quizá, si el sueño tardaba en llegar, alguno más.

La madre se acomodó junto a él y abrió el libro.

Las páginas crujieron suavemente.

Durante unos instantes no leyó.

Pasó la mano sobre la primera hoja, como si necesitara asegurarse de que las palabras seguían allí.

El niño esperó.

La lluvia continuó golpeando el cristal.

El reloj de la pared marcaba los segundos con un sonido leve y exacto.

Entonces la madre comenzó.

Su voz no era especialmente grave ni especialmente dulce. No necesitaba serlo. Tenía esa cadencia tranquila de las voces que saben que un cuento no debe empujar al lector, sino invitarlo.

Las primeras palabras hablaron de un sendero.

Después apareció una luz.

Luego una colina cubierta de niebla.

El niño cerró los ojos apenas un instante para imaginarla.

Cuando volvió a abrirlos, la habitación seguía siendo la misma.

La lámpara seguía encendida.

La lluvia seguía cayendo.

La madre seguía leyendo.

Sin embargo, algo había cambiado.

Tal vez era la sombra de la cortina, que ahora parecía más larga.

Tal vez era la forma en que la luz se posaba sobre la alfombra.

O quizá la habitación había empezado a escuchar.

La madre continuó leyendo.

En el cuento había árboles tan antiguos que habían olvidado el día en que nacieron. Había ríos que cambiaban de dirección según las canciones que oían. Había animales capaces de conversar entre ellos y nubes que descendían algunas tardes para dormir entre las ramas.

El niño no hizo preguntas.

Conocía una regla que nadie le había enseñado: cuando una historia comienza a abrir una puerta, conviene no interrumpirla.

La voz de la madre se volvió más lenta.

No porque estuviera cansada, sino porque las palabras parecían necesitar más espacio.

El niño miró hacia la ventana.

La lluvia había desaparecido detrás de una niebla ligera.

No una niebla que ocultara las cosas, sino una que les daba otra forma.

La lámpara dejó de parecer una lámpara.

Su pantalla redonda adquirió el aspecto de una luna amarilla suspendida entre sombras.

Las cortinas se movieron, aunque la ventana estaba cerrada.

La línea vertical de sus pliegues comenzó a parecerse a la corteza de unos árboles.

El dibujo de la alfombra se extendió por el suelo como una mancha de musgo.

El tren sin una rueda desapareció bajo unos helechos.

Los animales de madera crecieron en silencio hasta dejar de ser juguetes.

La caja de colores permaneció abierta, pero de sus compartimentos comenzaron a escapar pequeños destellos: verdes húmedos, azules profundos, amarillos delgados como alas de insecto.

La madre siguió leyendo.

No parecía advertir nada.

O quizá sí.

Tal vez los adultos saben más de estas transformaciones de lo que están dispuestos a confesar.

El niño sintió el olor de la tierra mojada.

Después escuchó un rumor de hojas.

El reloj dejó de marcar los segundos.

Su tic-tac se volvió más grave, más espaciado, como el pulso de algo enorme que respiraba detrás de las paredes.

Una rama apareció junto al cabecero.

Luego otra.

Después una tercera, cubierta de hojas transparentes por las que pasaba una luz verdosa.

La habitación no desapareció de inmediato.

Durante algunos instantes fue ambas cosas.

Una cama y un claro.

Una pared y una ladera.

Una cortina y un grupo de árboles.

La voz de la madre y el viento entre las ramas.

El niño quiso decir algo, pero el sueño ya había comenzado a descender sobre él.

No era un sueño pesado.

Era una especie de niebla tibia que le cerraba los párpados sin borrar lo que veía.

La madre pasó la página.

El niño escuchó una frase acerca de un bosque donde nadie necesitaba pedir permiso para imaginar.

Allí, según el cuento, no había reyes.

Tampoco había jueces ni relojes que obligaran a los días a comenzar siempre a la misma hora.

Los senderos cambiaban de lugar cuando se aburrían.

Los árboles podían mudarse durante la noche.

Los animales hablaban entre sí, discutían, reían, inventaban canciones y olvidaban con frecuencia las razones por las que habían comenzado una discusión.

Solo existía una costumbre que todos respetaban.

La imaginación no debía extinguirse.

Mientras alguien imaginara algo nuevo, el bosque continuaría creciendo.

Una flor.

Un color.

Una melodía.

Una pregunta.

Cualquier cosa bastaba.

El niño sonrió con los ojos cerrados.

La madre continuó leyendo, pero su voz comenzó a alejarse.

No dejó de oírla.

Simplemente empezó a llegar desde otro lugar.

Desde más allá de los árboles.

Desde detrás de la niebla.

Desde el interior mismo del cuento.

La última palabra que el niño alcanzó a comprender fue:

—Bosque.

Después se quedó dormido.

La madre guardó silencio.

Durante algunos minutos permaneció sentada junto a él.

Le apartó el cabello de la frente, cerró el libro con cuidado y apagó la lámpara.

La habitación quedó a oscuras.

Pero no del todo.

En el suelo, junto a la caja de colores, una pequeña luz verde siguió encendida.

La madre no la vio.

O decidió no verla.

Se levantó, dejó el libro sobre la mesa y salió sin hacer ruido.

La puerta quedó entreabierta.

Afuera, la lluvia continuaba cayendo.

Dentro de la habitación, en cambio, ya no llovía.

Las raíces habían ocupado el suelo.

Las ramas se habían encontrado sobre la cama.

La niebla avanzaba lentamente entre los muebles.

Y donde unos minutos antes se alzaba una pared, ahora se extendía un sendero cubierto de hojas húmedas que se perdía en la profundidad de un bosque iluminado.

Nadie vio el momento exacto en que ocurrió.

Nadie habría podido decir si el bosque nació de la imaginación del niño o si había permanecido siempre allí, esperando que alguien pronunciara las palabras correctas.

Lo cierto fue que, cuando la casa quedó en silencio, aquel otro mundo abrió los ojos.

Primero despertó el viento.

Bajó desde las copas, recorrió las ramas y sacudió con delicadeza las gotas que dormían sobre las hojas.

Después despertaron los insectos.

Algunos encendieron pequeñas luces en el abdomen. Otros comenzaron a marcar pulsos diminutos bajo la hierba.

Despertaron los arroyos, que retomaron sus conversaciones interrumpidas.

Despertaron las flores y giraron lentamente hacia un amanecer que aún no había llegado.

Despertaron los pájaros.

No cantaron de inmediato.

Escucharon.

Porque en aquel bosque la música nunca comenzaba con el primer sonido.

Comenzaba mucho antes.

Comenzaba cuando cada criatura permanecía quieta, aguardando el momento exacto en que su voz debía unirse a las demás.

Durante siglos, quizá desde antes de que existieran los nombres, el bosque había respirado de esa manera.

Nadie dirigía.

Nadie contaba.

Nadie levantaba una batuta para ordenar al viento cuándo debía soplar o al río cuándo debía detenerse.

Y, sin embargo, todo ocurría en su momento.

El agua sabía cuándo correr.

Las hojas sabían cuándo caer.

Los grillos conocían el instante preciso en que la noche necesitaba su pequeño pulso.

Los pájaros improvisaban sin estorbarse.

Las ramas se inclinaban sin chocar unas con otras.

Incluso el silencio conocía su lugar.

No era una ausencia.

Era el espacio donde cada sonido encontraba sentido.

Por eso nadie en el bosque le temía.

El silencio no separaba.

Unía.

Aquella mañana comenzó como todas.

O eso creyeron sus habitantes.

La primera luz atravesó la niebla y cayó sobre el musgo en largas franjas doradas.

Los mirlos ensayaron algunas notas.

El río respondió con una corriente más clara.

Un pájaro carpintero golpeó tres veces un tronco, se detuvo, escuchó la resonancia y repitió el motivo con una ligera variación.

Las ardillas bajaron de los árboles llevando frutos entre las patas.

Una rana, sentada sobre una piedra, afinaba su voz con tal seriedad que parecía prepararse para cantar ante la luna.

Todo estaba en su lugar.

Todo respiraba.

Entonces se movió un helecho.

No fue un movimiento brusco.

Apenas un temblor entre las hojas, como si algo intentara avanzar sin recordar exactamente por qué había entrado allí.

El helecho volvió a agitarse.

Primero asomó un hocico gris.

Después aparecieron dos orejas largas.

Luego, unos ojos grandes y tranquilos observaron el claro con la expresión distraída de quien acaba de llegar a un sitio sin estar completamente seguro de haberlo buscado.

El hocico olfateó el aire.

Las orejas se inclinaron hacia adelante.

El animal miró a la derecha.

Luego a la izquierda.

Retrocedió unos centímetros dentro del follaje.

Y volvió a asomarse.

—Estoy casi seguro —murmuró— de que este no era el camino.

Una ardilla dejó de ordenar nueces y levantó la cabeza.

—Buenos días, Lolo.

El burro salió por fin de los helechos.

Llevaba un pincel detrás de una oreja, una bolsa de tela colgada al costado y varias manchas de pintura sobre el lomo. Una de ellas era azul. Otra, verde. Había también una mancha amarilla en la punta de la cola.

—Buenos días —respondió.

Miró alrededor con atención.

—¿Estoy perdido?

La ardilla lo pensó.

—¿Adónde ibas?

Lolo frunció el ceño.

Durante unos segundos pareció buscar la respuesta en algún lugar detrás de los árboles.

—No lo recuerdo.

—Entonces no puedes estar perdido.

Lolo consideró aquella posibilidad.

—Eso tiene sentido.

La ardilla sonrió.

No era la primera vez que ocurría.

En el bosque todos sabían que Lolo podía salir por la mañana en busca de una piedra y regresar al atardecer con un cuadro del viento, una pluma que no pertenecía a ningún pájaro conocido y algunas preguntas que nadie conseguía responder.

Nunca parecía llegar al lugar al que se dirigía.

Pero casi siempre encontraba algo mejor.

Lolo apoyó la bolsa en el suelo y sacó un pequeño lienzo. —¿Qué estás pintando? —preguntó la ardilla.

—El silencio.

La ardilla miró el lienzo.

Estaba vacío.

—No veo nada.

—Yo tampoco —dijo Lolo—. Por eso todavía no termino.

La ardilla soltó una carcajada.

Lolo sonrió, satisfecho, y se sentó frente al claro.

Durante un rato observó cómo la luz descendía entre las ramas.

No parecía esperar nada.

O quizá esperaba precisamente aquello que solo aparece cuando nadie lo persigue.

Entonces una sombra cruzó sobre el musgo.

Los pájaros guardaron silencio.

El viento redujo su paso.

Una figura descendió desde la parte más alta del bosque y se posó sobre la rama de un roble.

Era un búho de plumaje oscuro, pecho claro y mirada exacta.

Llevaba una pequeña maleta.

No era una maleta corriente.

Tenía herrajes dorados, esquinas reforzadas y una etiqueta donde podía leerse, con letras muy cuidadas:

Conservatorio Superior del Reino de los Humanos.

El búho permaneció inmóvil.

Observó el claro.

Escuchó el río.

Midió con la mirada la distancia entre los árboles.

Contó los golpes del pájaro carpintero.

Siguió el canto de los mirlos.

Anotó algo en una libreta.

Los habitantes del bosque comenzaron a acercarse.

Nunca habían visto un equipaje semejante.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó la rana.

El búho descendió de la rama.

Colocó la maleta sobre el suelo y la abrió.

En su interior había partituras, lápices, diagramas, un pequeño metrónomo, varios pares de lentes, libros de armonía, tratados de contrapunto y una colección de batutas ordenadas por tamaño.

Al fondo descansaban varios diplomas.

Muchos diplomas.

El búho sacó uno de ellos y lo mostró con legítimo orgullo.

—He regresado —anunció— después de completar mis estudios en el Reino de los Humanos.

Los animales se miraron con admiración.

Nadie sabía con exactitud qué era un conservatorio, pero el papel tenía bordes dorados y un sello tan grande que resultaba difícil no respetarlo.

—¿Y qué aprendiste? —preguntó la ardilla.

El búho cerró la maleta.

—Aprendí a componer y a dirigir música.

Lo dijo con serenidad. No había orgullo en su voz. Había dedicado muchos años a estudiar la música y para él aquella respuesta era simplemente la más natural del mundo.

El pájaro carpintero inclinó la cabeza.

—¿Componer y dirigir qué?

—La música.

El río continuó corriendo.

Las hojas continuaron moviéndose.

Un grupo de insectos pasó entre los árboles formando una nube luminosa.

Lolo levantó la vista de su lienzo.

—¿Hacia dónde se dirige la música? —preguntó.

El búho lo miró.

No supo si hablaba en serio.

—No me refiero a llevarla a un lugar —respondió con una sonrisa paciente—. Me refiero a organizarla. Toda música puede encontrar una forma mejor de sonar.

Lolo miró el bosque.

Después observó su lienzo vacío.

—Ah.

Guardó silencio unos instantes, como si estuviera intentando imaginar aquella idea.

El búho sonrió con paciencia.

Durante el resto de la mañana escuchó.

No interrumpió a nadie.

Caminó junto al río, observó a los pájaros, examinó la resonancia de los troncos y tomó notas sobre la altura de los cantos, la duración de los pulsos y la irregularidad del viento.

Al mediodía había llenado tres páginas.

Por la tarde, siete.

Antes de caer la noche había dibujado un mapa completo de parte del bosque dividido en secciones.

A la izquierda colocó a los pájaros.

A la derecha, a los insectos.

En el centro, a los animales de cuerda, aunque nadie comprendió exactamente cuáles eran.

El río fue clasificado como acompañamiento continuo.

Al viento lo anotó bajo las palabras «insistente e inestable».

Al silencio no supo dónde ubicarlo.

Esa noche, mientras todos dormían, el búho permaneció despierto junto a una lámpara.

Revisó sus notas.

Subrayó.

Corrigió.

Trazó flechas.

Hizo listas.

No había maldad en sus gestos.

Tampoco desprecio.

Amaba la música.

Precisamente por eso deseaba ayudar.

Había pasado años aprendiendo que toda gran obra necesitaba orden, precisión y una voluntad capaz de conducir a los demás hacia una misma idea.

El bosque poseía belleza.

Poseía talento.

Poseía posibilidades extraordinarias.

Solo le faltaba, pensó, una dirección.

A la mañana siguiente reunió a todos en el claro.

Los animales llegaron con curiosidad.

El río disminuyó su corriente para escuchar.

El viento se detuvo entre las ramas.

Lolo apareció tarde, asomando otra vez el hocico entre los helechos, como si todavía no hubiera descubierto por dónde se entraba al lugar donde vivía.

El búho subió a una piedra.

Sacó una batuta de su maleta.

La sostuvo frente a sí.

—He escuchado este bosque con mucha atención
—dijo.

Los animales guardaron silencio.

—Poseen ustedes un talento extraordinario.

Algunos sonrieron.

La rana infló ligeramente el pecho.

El pájaro carpintero golpeó una vez el tronco, satisfecho.

El búho levantó una de sus alas.

—Sin embargo...

Hizo una pausa.

La niebla avanzó entre las raíces.

Lolo frunció el ceño.

El búho terminó la frase con una voz amable, educada y absolutamente convencida:

—Este bosque podría sonar mucho mejor.

Nadie respondió.

El búho sonrió, esperando entusiasmo.

Pero durante unos segundos ocurrió algo que nunca había ocurrido.

El viento no encontró el momento de continuar.

El río olvidó la nota que seguía.

Los mirlos se miraron entre sí sin saber quién debía cantar primero.

El pájaro carpintero levantó el pico, pero no golpeó el tronco.

Incluso los insectos suspendieron su pequeño pulso bajo la hierba.

Lolo observó su lienzo.

Seguía vacío.

Sin embargo, donde antes había visto una quietud llena de posibilidades, ahora percibió algo diferente.

Una ausencia.

Una pequeña grieta.

Como si alguien hubiera retirado del aire un color que nadie sabía nombrar.

Duró apenas un instante.

Después el viento volvió a soplar.

El río continuó su curso.

Los pájaros cantaron.

Todo pareció regresar a la normalidad.

Nadie dijo nada.

Nadie creyó que hubiera ocurrido algo importante.

Pero Lolo mantuvo la vista fija en el claro.

No sabía explicar lo que había escuchado.

Quizá porque no había sido un sonido.

Quizá porque había sido exactamente lo contrario.

Aquel día nadie lo supo.

Ni el búho.

Ni los pájaros.

Ni el río.

Ni siquiera Lolo.

Pero, por primera vez desde que el bosque había aprendido a respirar, el silencio acababa de desafinar.



El búho

El búho que jamás comedia un error

Durante el resto de aquella mañana, las palabras «Este bosque podría sonar mucho mejor» permanecieron suspendidas entre los árboles mucho después de que el búho descendiera de la piedra y guardara la batuta en su maleta. No pesaban demasiado, pero nadie conseguía apartarlas del todo.

Los mirlos fueron los primeros en repetir aquellas palabras entre ellos, intentando comprenderlas.

—Tal vez cantamos demasiado fuerte —dijo uno.

—Tal vez cantamos demasiado temprano —respondió otro.

—Tal vez cantamos demasiado —concluyó un tercero, y los tres se quedaron en silencio, sorprendidos por la posibilidad.

El pájaro carpintero examinó el tronco en el que llevaba años golpeando cada mañana.

Probó una vez.

Tac.

Esperó.

Probó nuevamente, un poco más arriba.

Toc.

Luego más abajo.

Tuc.

Nunca había pensado que un árbol pudiera tener notas equivocadas. Hasta entonces elegía el lugar según el aroma de la corteza, la dureza de la madera o el insecto que sospechaba escondido detrás.

Ahora escuchó cada golpe con desconfianza.

La rana, por su parte, pasó la tarde inflando y desinflando la garganta frente al río.

—¿Crees que mi voz es demasiado redonda? —preguntó.

El río siguió corriendo.

—¿O demasiado húmeda?

El río formó un remolino alrededor de una piedra.

—Eso tampoco ayuda —murmuró ella.

Solo Lolo parecía no estar preocupado.

Había permanecido frente a su lienzo vacío hasta que la sombra de los árboles cubrió el claro. Después guardó los pinceles, se colgó la bolsa al costado y tomó un sendero que conducía en dirección contraria a su casa.

Nadie se sorprendió.

El búho pasó aquella tarde clasificando sus notas.

Había registrado ciento diecisiete especies de sonidos, treinta y nueve formas de silencio y una

cantidad difícil de calcular de ruidos accidentales. Separó los cantos graves de los agudos, los sonidos prolongados de los breves y los pulsos regulares de aquellos que aparecían sin previo aviso.

Estos últimos le causaron especial inquietud.

El bosque estaba lleno de criaturas que comenzaban cuando sentían deseos de comenzar y terminaban cuando creían haber terminado. Algunas repetían dos veces una melodía; otras, siete. Había pájaros que cambiaban de tonalidad siguiendo el vuelo de una mariposa y grillos que aceleraban cuando la noche estaba fría.

El viento era todavía peor.

No respetaba duración alguna.

Entraba en mitad de los cantos, movía todas las hojas a la vez y se retiraba sin esperar la conclusión.

El búho lo anotó bajo una nueva categoría:

Elementos de gran belleza, pero escasa disciplina.

Al llegar la noche abrió uno de los libros traídos del Reino de los Humanos. Era un volumen grueso, encuadernado en cuero, con letras doradas en el lomo:

Principios universales para la organización de cualquier conjunto musical.

Lo había estudiado tantas veces que podía recitar párrafos enteros sin mirar las páginas.

Según aquel libro, todo conjunto necesitaba un director.

Todo director necesitaba una partitura.

Toda partitura necesitaba compases.

Y todo compás necesitaba límites.

El búho contempló el bosque desde la ventana del viejo roble donde se había instalado.

A la distancia, unas luciérnagas encendían y apagaban sus luces sin mantener un patrón reconocible.

Abrió su libreta.

Luciérnagas: iluminación escénica. Requieren coordinación.

Después cerró el libro y se permitió sonreír.

El trabajo sería inmenso.

También extraordinario.

Durante años había esperado una oportunidad así: no limitarse a interpretar las obras de otros, sino ordenar una música que parecía no haber encontrado todavía su forma definitiva.

No quería dominar el bosque.

Quería revelárselo a sí mismo.

A la mañana siguiente mandó llamar a sus habitantes.

Para hacerlo, pidió al pájaro carpintero que golpeará seis veces el tronco más hueco del claro.

—¿Por qué seis? —preguntó el pájaro.

El búho consultó una hoja.

—Porque cinco podrían confundirse con una señal de lluvia y siete resultarían excesivos.

El pájaro carpintero no sabía que cinco golpes anunciaran lluvia, pero la seguridad del búho le impidió mencionarlo.

Golpeó seis veces.

Los sonidos viajaron entre los árboles.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

En el sexto, una familia de escarabajos salió apresuradamente de una grieta creyendo que el árbol estaba a punto de partirse.

Los animales llegaron al claro con curiosidad.

Algunos se sentaron sobre las raíces.

Otros ocuparon las ramas más bajas.

El río se acercó cuanto pudo, ensanchando uno de sus brazos hasta rozar la orilla.

Lolo no apareció.

El búho había preparado un gran tablero utilizando una corteza caída. Sobre ella había dibujado círculos, líneas, flechas y columnas.

En la parte superior podía leerse:

PROYECTO PARA EL
PERFECCIONAMIENTO MUSICAL DEL
BOSQUE

Debajo había una frase más pequeña:

Primera etapa: organización general.

—He dedicado toda la noche a estudiar sus posibilidades —comenzó el búho—. Este bosque posee una riqueza sonora excepcional.

Sin embargo, cada uno de ustedes participa sin conocer el conjunto.

Los animales se miraron.

Era cierto.

El pájaro carpintero conocía sus golpes, pero no sabía qué hacía la rana mientras él trabajaba.

La rana escuchaba el río, pero ignoraba lo que sucedía en las copas más altas.

Los mirlos sabían cantar juntos, aunque rara vez prestaban atención a los insectos.

—¿Debemos conocerlo todo? —preguntó una ardilla.

—No necesariamente —respondió el búho—. Para eso existe el director.

Señaló el centro del tablero, donde había dibujado una figura con las alas levantadas.

—Yo escucharé el conjunto. Ustedes me observarán. Cuando levante la batuta, comenzarán. Cuando la baje, terminarán.

Un murmullo recorrió el claro.

La propuesta parecía sencilla.

También divertida.

—¿Y si todavía no hemos terminado? —preguntó la rana.

—Entonces terminarán de todas maneras.

La rana parpadeó.

—¿Y si aún no hemos empezado?

—Comenzarán de todas maneras.

La rana volvió a parpadear.

No estaba segura de haber entendido la ventaja.

El búho continuó:

—Dividiremos el bosque en familias. Las aves melódicas ocuparán las ramas del este. Los animales de pulso se ubicarán cerca de los troncos huecos. El río permanecerá al fondo. Los insectos se distribuirán bajo las hojas para producir una base continua.

—¿Y las ardillas? —preguntó una ardilla.

El búho consultó sus notas.

—Todavía no he decidido si son melódicas o de pulso.

—Nosotras recogemos nueces.

El búho buscó una nueva hoja.

—Podría utilizarse.

La ardilla sostuvo una nuez entre las patas y la observó como si acabara de descubrir que había sido un instrumento durante toda su vida.

En aquel momento se movió el follaje detrás del tablero.

Primero apareció un hocico gris.

Luego dos orejas largas.

Lolo miró el claro, retrocedió y volvió a asomarse desde otro punto exactamente igual al primero.

—Buenos días —dijo.

—Llegas tarde —señaló el búho.

Lolo salió de los helechos con una rama enredada en la cola.

—Eso explica por qué todos habían llegado antes.

Algunos animales rieron.

El búho no lo hizo, aunque tampoco se molestó.

—Estamos organizando el bosque.

Lolo observó el tablero.

—¿Se había desorganizado?

—No exactamente.

—Ah.

El burro se sentó junto a una raíz y sacó un cuaderno.

El búho lo miró con aprobación.

—Me alegra que vayas a tomar notas.

—No.

—Voy a dibujar ese escarabajo.

Un pequeño escarabajo azul cruzaba por la parte inferior del tablero sin mostrar respeto alguno por las flechas.

El búho respiró profundamente.

—Como decía, el primer ensayo tendrá lugar mañana al amanecer.

—¿Qué es un ensayo? —preguntó el pájaro carpintero.

El búho pareció sorprendido.

—Es el momento en que repetimos la música hasta que deja de tener errores.

El claro quedó en silencio.

Ninguno de los animales había imaginado que la música pudiera contener errores.

Habían conocido cantos tristes, cantos incompletos, cantos olvidados y melodías que se perdían antes de llegar al final. Pero un error era otra cosa: algo que no debía haber ocurrido.

—¿Cómo sabemos cuándo hay uno? —preguntó la ardilla.

—Yo se los indicaré —respondió el búho.

La seguridad de su voz tranquilizó a casi todos.

Después de la reunión, el bosque vivió una tarde de extraordinaria actividad.

Los pájaros practicaron escalas ascendentes y descendentes.

El carpintero buscó troncos de distintas resonancias.

Las ardillas probaron a golpear nueces entre sí y descubrieron que cada fruto producía un sonido ligeramente diferente.

La rana ensayó frente a una piedra lisa que devolvía su voz con un pequeño eco.

Incluso el río intentó mantener una velocidad constante, aunque se distrajo dos veces persiguiendo hojas amarillas.

Había emoción.

Por primera vez los habitantes no tocaban solo porque la mañana, la lluvia o la luna se los pedían. Se preparaban para algo que aún no existía.

Un concierto.

La palabra llegó desde los libros del búho y se extendió rápidamente.

Algunos la pronunciaban con respeto.

Otros con alegría.

Nadie sabía exactamente qué ocurriría durante un concierto, salvo que todos deberían estar presentes y que al final, posiblemente, habría que inclinarse.

Lolo pasó la tarde pintando junto al río.

En su lienzo había trazado varias líneas verdes, una franja azul y un círculo amarillo que parecía flotar fuera de lugar.

La rana se acercó dando pequeños saltos.

—¿Estás pintando el ensayo?

—No.

—¿El concierto?

—Tampoco.

—¿Qué es?

Lolo inclinó la cabeza.

—Todavía no he decidido.

La rana observó el cuadro durante un momento.

—El búho dice que mañana debemos comenzar cuando levante la batuta.

—Entonces será mejor que la levante.

—También dice que debemos terminar cuando la baje.

Lolo mezcló azul con una pequeña cantidad de gris.

—Entonces será mejor que no se le caiga.

La rana soltó una risa, aunque dejó de hacerlo casi de inmediato.

—¿Crees que cantamos mal?

Lolo dejó el pincel.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque debemos ensayar hasta que no haya errores.

El burro miró el agua.

El río acababa de dividirse alrededor de una piedra. Las dos corrientes produjeron sonidos distintos y volvieron a unirse unos pasos más adelante.

—¿Cuál de esas dos partes lo hizo mal? —preguntó.

La rana escuchó.

—Ninguna.

—Entonces quizá los errores no viven en todas partes.

La respuesta no solucionó nada, pero la rana regresó un poco más tranquila.

Antes del amanecer, el búho ya estaba en el claro.

Había marcado los lugares con pequeñas piedras blancas. Cada animal tenía asignada una posición exacta.

Las aves se organizaron por altura de voz.

Los insectos, por velocidad.

Los pájaros carpinteros, según la profundidad de los troncos.

El río recibió instrucciones de disminuir su caudal durante los pasajes delicados y aumentarlo en los momentos de mayor intensidad.

—No sé hacer eso por encargo —dijo el río.

El búho acomodó sus lentes.

—Aprenderás.

El viento no se presentó.

Nadie sabía cómo enviarle una invitación ni dónde encontrarlo antes de que decidiera aparecer.

El búho colocó una piedra vacía en el lugar que le correspondía y escribió:

Ausencia no justificada.

Lolo llegó cuando todos estaban preparados.

Esta vez no apareció detrás de los helechos, sino desde el interior de un arbusto que nadie recordaba haber visto allí.

—¿Dónde debo sentarme? —preguntó.

El búho revisó la distribución.

—No produces ningún sonido musical.

—A veces estornudo.

—Te sentarás al fondo.

Lolo obedeció sin ofenderse. Colocó su lienzo contra un árbol y se dispuso a observar.

El búho subió a la piedra central.

Sacó una batuta fina y blanca.

Acomodó las partituras.

Miró a la izquierda.

Después a la derecha.

Por primera vez, el bosque entero esperaba una señal para comenzar.

Aquella espera tuvo algo fascinante.

Los pájaros contenían el aire.

Las patas del carpintero se aferraban al tronco.

Las ardillas sostenían las nueces a una distancia exacta.

La rana infló la garganta.

El río hizo cuanto pudo por quedarse quieto.

El búho levantó la batuta.

Nada ocurrió.

Durante un instante el bosque fue una enorme respiración suspendida.

Después la batuta descendió.

Los pájaros cantaron.

Los carpinteros golpearon.

Las ardillas chocaron las nueces.

La rana lanzó su nota.

Los insectos iniciaron el pulso.

El río avanzó.

Todo comenzó al mismo tiempo.

El sonido fue tan grande que varias hojas cayeron de los árboles.

El búho detuvo la música inmediatamente.

—No.

Los habitantes quedaron inmóviles.

El eco siguió corriendo entre las colinas hasta desaparecer.

—Las aves entraron tarde. Los carpinteros aceleraron. Las ardillas no mantuvieron el pulso. La rana cantó una nota más alta de la indicada y el río ignoró por completo la dinámica.

El río levantó una pequeña ola.

—Hice lo que pude.

—Debes hacer lo que está escrito.

—No sé leer.

El búho tomó otro lápiz y anotó:

Programa de alfabetización musical para corrientes de agua.

Volvió a levantar la batuta.

—Desde el principio.

La segunda vez fue mejor.

No hermosa.

Mejor.

Los animales comenzaron con mayor precisión, aunque algunos miraban tanto al búho que dejaron de escucharse entre ellos.

El mirlo más joven olvidó respirar.

Una ardilla, preocupada por mantener el pulso, rompió tres nueces y recibió un trozo de cáscara en la frente.

El pájaro carpintero golpeó exactamente donde se le había indicado, aunque sabía que unos centímetros más arriba el tronco sonaba con mayor profundidad.

El búho volvió a detenerlos.

Corrigió las entradas.

Cambió posiciones.

Repitió un pasaje cinco veces.

Luego siete.

Después once.

Cada repetición redujo los errores.

También redujo las sorpresas.

Al comienzo, el río había producido pequeños remolinos al pasar junto a las piedras. En la cuarta repetición consiguió evitarlos.

Los mirlos habían añadido adornos naturales a sus cantos. En la sexta dejaron de hacerlo.

Los insectos modificaban el pulso según la temperatura. En la octava lograron mantenerlo estable.

El búho estaba satisfecho.

Por primera vez la música obedecía.

Al mediodía consiguieron interpretar el fragmento completo sin detenerse.

La última nota terminó exactamente cuando el búho descendió la batuta.

Nadie se adelantó.

Nadie llegó tarde.

Ninguna rama crujió fuera de lugar.

El río mantuvo el caudal acordado.

Hasta el viento, que había aparecido poco antes, comprendió que no debía entrar y permaneció detrás de los árboles.

El búho cerró los ojos.

Era perfecto.

—Eso es —dijo con emoción—. Eso es exactamente.

Los habitantes esperaron.

No sabían si debían hablar o permanecer inmóviles.

El búho bajó de la piedra.

—No hubo un solo error.

Algunos sonrieron.

Otros respiraron aliviados.

La rana se masajeó la garganta.

Las ardillas recogieron las nueces rotas.

Los pájaros carpinteros estiraron las alas.

—¿Podemos tocarlo otra vez? —preguntó el mirlo más joven.

El búho pareció complacido.

—Por supuesto.

—Pero de otra manera.

La sonrisa del búho desapareció lentamente.

—¿Qué otra manera?

—No lo sé —respondió el mirlo—. Otra.

—La manera correcta es esta.

El mirlo bajó la cabeza.

El ensayo terminó poco después.

Los habitantes se marcharon cansados, aunque orgullosos. Nunca habían realizado algo con semejante precisión. La noticia recorrió el bosque: habían tocado una música sin errores.

Aquella noche todos hablaron del concierto.

Las ardillas discutieron qué nueces sonarían mejor.

Los carpinteros buscaron troncos más firmes.

La rana decidió no cantar hasta la mañana siguiente para conservar la voz.

El búho regresó al roble y colocó una marca junto a cada objetivo cumplido.

Coordinación general.

Control del pulso.

Equilibrio de las secciones.

Final simultáneo.

Todo avanzaba según sus planes.

Desde la entrada del roble podía verse el claro vacío.

La luna iluminaba las piedras blancas que señalaban los lugares de cada intérprete. El búho imaginó el bosque reunido, obedeciendo a una sola respiración, siguiendo cada movimiento de sus alas.

Sintió algo parecido a la felicidad.

Abrió su libro y escribió en una página nueva:

Primer ensayo: exitoso.

Muy lejos de allí, Lolo contemplaba el cuadro.

Había intentado pintar la música del ensayo.

Las líneas estaban ordenadas.

Las formas ocupaban lugares exactos.

Los verdes no invadían los azules.

El círculo amarillo había quedado en el centro.

Era, probablemente, el cuadro más correcto que había pintado en su vida.

Y, sin embargo, no conseguía reconocer el bosque.

Se acercó.

Lo observó desde un lado.

Después desde el otro.

Cerró un ojo.

Luego el segundo.

Al abrirlos, el cuadro seguía siendo impecable.

También estaba completamente quieto.

Lolo tomó un pincel y estuvo a punto de añadir una mancha roja en una esquina. Pero recordó que allí no correspondía el rojo y detuvo la mano.

Por primera vez desde que había comenzado a pintar, sintió miedo de equivocarse.

Dejó el pincel sobre el suelo.

En ese momento escuchó un sonido entre las ramas.

Era el mirlo joven.

Cantaba a solas, muy suavemente, procurando que nadie lo oyera. Repitió la melodía del ensayo tal como el búho la había enseñado.

Cada nota estuvo en su lugar.

Al llegar al final guardó silencio.

Después miró alrededor y añadió una nota pequeña, distinta, innecesaria y luminosa.

La nota subió entre las hojas.

Una luciérnaga la siguió.

Lolo sonrió.

El mirlo también.

Pero cuando una sombra cruzó cerca del sendero, el pájaro se sobresaltó y volvió a cantar la versión correcta.

Aquella noche el bosque durmió satisfecho.

Había aprendido a comenzar juntos.

Había aprendido a terminar juntos.

Había aprendido a repetir.

Y el búho, que jamás cometía un error, no advirtió que algo comenzaba a desaparecer cada vez que lograba corregirlo todo.



El mirlo

El día en que el doctor recordó que estaba vivo

Los días siguientes comenzaron a parecerse unos a otros.

Antes, el bosque nunca despertaba de la misma manera.

Algunas mañanas era el río quien abría primero los ojos y recorría las piedras con una claridad impaciente. Otras, los mirlos iniciaban el día desde las ramas más altas. Había amaneceres en que la niebla permanecía dormida hasta muy tarde y obligaba a los animales a reconocerse por la voz.

A veces el viento llegaba antes que la luz.

A veces no llegaba.

Nadie consideraba aquello una falta.

Pero desde la llegada del búho, las mañanas comenzaron a tener una hora exacta.

Seis golpes del pájaro carpintero anunciaban el comienzo del ensayo.

No cinco.

No siete.

Seis.

Después de la señal, las ardillas abandonaban las nueces, las ranas salían del río, los insectos ocupaban sus lugares bajo las hojas y las aves

descendían hasta las ramas señaladas con cintas blancas.

Quien llegaba tarde debía esperar hasta la pausa.

Quien comenzaba antes recibía una mirada del búho.

Quien terminaba después debía repetir solo.

Al principio, los habitantes se equivocaban con frecuencia.

Después aprendieron.

Aprendieron a mirar la batuta.

Aprendieron a contar los pulsos.

Aprendieron a contener el aire durante los silencios indicados y a liberarlo en el instante preciso.

Aprendieron que cuatro movimientos formaban un compás y que, después del cuarto, siempre regresaba el primero.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

El bosque, que durante siglos había medido el tiempo por la sombra de los árboles, la temperatura del agua y el viaje de las nubes, comenzó a medirlo de otra manera.

Los animales contaban mientras caminaban.

Las ardillas contaban mientras recogían frutos.

Los pájaros carpinteros contaban antes de golpear.

Incluso algunas ranas contaban los saltos entre una piedra y otra.

Una.

Dos.

Tres.

Cuatro.

El número cinco comenzó a parecerles incómodo.

El siete, sospechoso.

El tres era aceptable solo si después llegaba el cuarto.

La música mejoró rápidamente.

Las entradas eran cada vez más precisas.

Los finales coincidían.

Los pájaros aprendieron a no cubrir la voz de las ranas.

Los insectos mantuvieron un pulso tan estable que el búho podía cerrar los ojos y confiar en ellos.

Tras muchos intentos, el río consiguió reducir su corriente durante los pasajes suaves. Para hacerlo levantaron pequeñas barreras de ramas y piedras que abrían o cerraban según una señal.

El búho no podía ocultar su satisfacción.

Cada noche revisaba las partituras y realizaba pequeñas modificaciones.

El canto de los mirlos debía comenzar dos pulsos más tarde.

Los troncos graves necesitaban menos intensidad.

Las ardillas debían utilizar nueces secas en lugar de verdes.

La rana principal debía colocarse sobre una piedra más alta para proyectar mejor la voz.

Nada quedaba al azar.

En el tablero del claro aparecieron nuevos anuncios:

Queda prohibido improvisar durante los ensayos.

Todo sonido deberá comenzar después de una señal.

Los adornos no escritos serán considerados errores.

El viento deberá presentarse con anticipación.

Esta última disposición causó cierta confusión.

—¿Cómo puede presentarse el viento antes de llegar? —preguntó la ardilla.

El búho pensó unos segundos.

—Debe enviar un aviso.

—¿Con quién?

—Con alguien que pueda llegar antes.

La ardilla miró hacia las copas.

—Eso podría ser otro viento.

El búho abrió la libreta.

La conversación terminó anotada bajo el título:

Problemas administrativos pendientes.

Lolo asistía a casi todos los ensayos.

Nunca ocupaba el mismo lugar.

A veces se sentaba junto al río.

Otras, detrás de un tronco.

En ocasiones desaparecía durante varios minutos y regresaba con una flor, una piedra o una pluma que observaba como si acabara de encontrar la respuesta a una pregunta que nadie había hecho.

El búho había dejado de intentar ubicarlo.

Lolo no cantaba.

No golpeaba.

No mantenía el pulso.

Tampoco parecía molestar.

Por eso se le permitía permanecer allí.

Una mañana apareció con varias manchas violetas en el hocico.

—¿Qué te ocurrió? —preguntó la rana.

—Estuve pintando moras.

—¿Las moras?

—Con las moras.

La rana examinó las manchas.

—¿Y qué pintaste?

Lolo sacó de su bolsa un papel cubierto por una nube oscura atravesada por líneas blancas.

—El sonido que hacen las raíces cuando buscan agua.

La rana lo contempló durante un largo momento.

—Las raíces no hacen ningún sonido.

—Entonces lo pinté bastante bien.

El ensayo comenzó antes de que la rana pudiera responder.

El búho levantó la batuta.

Los animales respiraron.

La música avanzó con una perfección que pocas semanas antes habría resultado inconcebible.

Los mirlos entraron juntos.

El río disminuyó su caudal.

Las ardillas marcaron un ritmo claro.

Los pájaros carpinteros respondieron desde distintos troncos, creando una conversación precisa entre sonidos graves y agudos.

El búho dirigía con movimientos firmes.

Sus alas indicaban la intensidad.

La punta de la batuta señalaba cada entrada.

No había duda.

No había demora.

No había error.

Al llegar a la mitad de la obra, una hoja roja se desprendió de un árbol.

Descendió lentamente.

Giró una vez.

Después otra.

El mirlo más joven la vio.

Durante un instante olvidó mirar al búho.

La hoja pasó frente a él y cayó sobre una rama inferior.

El pájaro dejó escapar una nota breve.

No estaba escrita.

Tampoco pertenecía a la melodía.

Era apenas el sonido que aquella hoja le había provocado.

El búho detuvo la orquesta.

La batuta quedó suspendida.

Todos guardaron silencio.

—¿Quién hizo eso?

El mirlo bajó la cabeza.

—Yo.

—¿Por qué?

El pájaro miró la hoja roja.

—No lo sé.

El búho esperó una explicación más completa.

No llegó.

—La música no puede depender de cada cosa que pase frente a nosotros —dijo finalmente—. Si todos cantaran cada vez que ven una hoja, nunca terminaríamos una obra.

Los animales asintieron.

La observación parecía razonable.

El mirlo también asintió.

—Desde el comienzo —ordenó el búho.

La música volvió a empezar.

Esta vez el mirlo no miró la hoja.

Cuando cayó una segunda, cerró los ojos.

Lolo observó el suelo.

Poco a poco, las hojas rojas comenzaron a acumularse sin que nadie les respondiera.

Al finalizar el ensayo, el búho anunció que el bosque estaba preparado para ofrecer su primer gran concierto.

La noticia fue recibida con entusiasmo.

—¿Ante quién tocaremos? —preguntó la rana.

El búho miró alrededor.

No había pensado en aquello.

En el Reino de los Humanos, todo concierto necesitaba un público. Había salas, palcos, entradas numeradas y personas que tosían entre los movimientos.

El bosque no tenía nada de eso.

—Tocaremos ante el propio bosque —respondió después de pensarlo.

Los animales quedaron impresionados.

Nunca se les había ocurrido que el bosque pudiera escucharse desde afuera.

—¿Dónde se sentará? —preguntó una ardilla.

—El bosque está en todas partes.

—Entonces ya nos escucha.

El búho acomodó sus lentes.

—Nos escuchará de otra manera.

Nadie comprendió exactamente cuál era esa otra manera, pero la idea del concierto resultaba demasiado emocionante para discutirla.

Durante los días siguientes comenzaron los preparativos.

Las luciérnagas fueron convocadas para iluminar el claro.

El búho les entregó un diagrama.

Cada una debía encenderse en un momento determinado y permanecer apagada durante el resto del tiempo.

Las luciérnagas estudiaron el dibujo con preocupación.

Hasta entonces encendían sus luces cuando sentían oscuridad, miedo, alegría o deseos de encontrar a otra luciérnaga.

Ahora debían contar.

Una.

Dos.

Tres.

Luz.

Una.

Dos.

Tres.

Oscuridad.

Las flores recibieron instrucciones de abrirse todas al mismo tiempo.

—Nosotras nos abrimos cuando llega el sol —
explicó una margarita.

—El concierto será por la noche.

—Entonces estaremos cerradas.

El búho anotó una modificación:

Ensayar apertura nocturna.

A los árboles se les pidió que no dejaran caer hojas durante la interpretación.

El otoño acababa de comenzar.

—No podemos impedirlo —dijo el roble más antiguo.

—Solo durante el concierto.

—Las hojas no conocen la duración de un concierto.

El búho observó las ramas.

—Entonces habrá que retirarlas antes.

Los animales pasaron una tarde recogiendo las hojas que parecían a punto de caer.

Lolo los vio trabajar.

—¿Por qué las quitan?

—Podrían caer en mitad de la música —respondió la ardilla.

—Eso suelen hacer las hojas.

—El búho dice que distraen.

Lolo tomó una de ellas.

Era amarilla, con bordes oscuros y pequeñas venas que parecían caminos.

—Quizá la música las distrae a ellas.

La ardilla continuó trabajando.

No tenía tiempo para preguntas.

También se limpió el claro.

Retiraron ramas secas.

Nivelaron el suelo.

Cubrieron los hormigueros cercanos para evitar movimientos imprevistos.

Podaron algunos arbustos que impedían ver al director.

El búho ordenó arrancar un grupo de flores azules porque no coincidían con la iluminación prevista.

Lolo llegó cuando ya habían retirado la mitad.

—¿Qué hacen con ellas?

—No combinan —dijo un castor.

—¿Con qué?

—Con el concierto.

Lolo observó las flores.

Después miró el tablero, las piedras blancas y las cintas que dividían el claro.

—¿El concierto sabe que no combinan?

El castor se encogió de hombros.

Las flores fueron trasladadas detrás de una colina.

Allí continuaron creciendo sin saber que se habían vuelto inconvenientes.

El bosque comenzó a transformarse.

No de una manera violenta.

Nadie cortó los grandes árboles.

Nadie secó los ríos.

Nadie prohibió cantar fuera de los ensayos.

Al menos, no al principio.

Pero los habitantes estaban cansados.

Después de repetir durante horas, pocos conservaban deseos de cantar al regresar a sus casas.

Las ranas guardaban silencio junto al agua para proteger la garganta.

Los pájaros carpinteros evitaban golpear troncos fuera del horario.

Los insectos descansaban el pulso.

Los mirlos reservaban sus melodías para el concierto.

Las noches se volvieron más quietas.

El búho interpretó aquella quietud como concentración.

—El bosque está aprendiendo a escuchar —dijo.

Lolo no estaba seguro.

Antes, al caer la noche, podía oír pequeñas canciones desde cualquier rincón.

Un pájaro cantaba para probar el eco.

Una rana respondía desde otra orilla.

El viento atravesaba las ramas y alguien inventaba una melodía para acompañarlo.

Ahora todos parecían esperar una señal que nunca llegaba.

Una noche, Lolo caminó hasta el río.

La luna se reflejaba sobre el agua.

La rana principal estaba sentada en su piedra, inmóvil.

—¿No vas a cantar? —preguntó.

—Mañana tenemos ensayo.

—También tuvieron ensayo hoy.

—Por eso.

Lolo se sentó junto a ella.

—¿Te duele la garganta?

—No.

—¿Olvidaste la canción?

—No.

—Entonces, ¿por qué no cantas?

La rana miró la superficie del río.

—No sé cuál debería cantar.

—La que quieras.

La rana permaneció en silencio.

—¿Y si no es la correcta?

Lolo buscó una respuesta.

No la encontró.

Se quedaron juntos, escuchando el agua.

Al cabo de un rato, una pequeña rana apareció en la otra orilla.

Era demasiado joven para participar en la orquesta. Nadie le había asignado una voz ni le había enseñado a contar.

Lanzó un sonido breve.

La rana principal levantó la cabeza.

La pequeña repitió.

No era una nota hermosa.

Era demasiado grave para su tamaño y terminaba en una especie de suspiro.

Lolo sonrió.

La rana principal estuvo a punto de responder.

Abrió la boca.

Pero antes de cantar miró hacia el árbol donde vivía el búho.

La ventana estaba oscura.

Aun así, cerró la boca.

La pequeña rana esperó.

Después se alejó dando saltos.

El concierto se acercaba.

El búho amplió los ensayos.

Comenzaban antes del amanecer y terminaban cuando la niebla ya había cubierto las raíces.

Los animales mejoraban.

También cometían errores nuevos.

Cuanto más precisos se volvían, más pequeños eran los fallos que el búho conseguía escuchar.

Una respiración demasiado larga.

Una nuez golpeada con excesiva fuerza.

Un insecto que se adelantaba la mitad de un pulso.

Una gota de agua que caía en el lugar equivocado.

El búho lo oía todo.

A veces detenía la orquesta y pedía repetir un pasaje sin explicar la causa.

Los animales confiaban en él.

Si había escuchado un error, seguramente existía.

—Otra vez —decía.

Y todos regresaban al comienzo.

El búho nunca se equivocaba.

O, al menos, nadie podía demostrarlo.

Una tarde, durante un ensayo especialmente largo,
el viento llegó sin aviso.

Había recorrido las montañas y descendía cargado
con olor a pino, tierra húmeda y lluvia lejana.

Entró por el costado norte del bosque.

Movió las ramas.

Levantó hojas.

Hizo vibrar los troncos huecos.

Las aves extendieron las alas para mantener el
equilibrio.

El río se agitó.

Las luciérnagas se encendieron de golpe.

Durante unos instantes, la música cambió.

Los sonidos escritos se mezclaron con el viento.

Los pájaros carpinteros respondieron a la vibración
de los árboles.

Las ranas alargaron las notas.

Los mirlos elevaron sus cantos.

El río aumentó su corriente sin esperar instrucciones.

Algo antiguo despertó.

No era preciso.

No era ordenado.

Tampoco podía repetirse.

El bosque entero comenzó a sonar como antes.

Tal vez mejor que antes.

El búho agitó la batuta tratando de recuperar el control.

Indicó a los mirlos que disminuyeran.

Ordenó al río contenerse.

Señaló a los insectos que mantuvieran el pulso.

Nadie logró verlo.

Las hojas cruzaban el aire.

Las ramas se inclinaban.

La música crecía.

Lolo se puso de pie.

El viento levantó su lienzo, lo hizo girar y lo dejó caer varios metros más adelante. Las pinturas se derramaron sobre la tela.

El azul atravesó el verde.

El amarillo se mezcló con el gris.

Una mancha roja ocupó el lugar donde no debía estar.

Lolo corrió hacia el cuadro.

Cuando lo levantó, descubrió algo que no había conseguido pintar durante semanas.

El bosque estaba allí.

No como era.

No como debía ser.

Como estaba ocurriendo.

El búho golpeó la piedra con la batuta.

—¡Basta!

Nadie lo oyó.

—¡Basta!

La música continuó.

Entonces desplegó las alas y lanzó un grito grave.

Fue un sonido poderoso.

Atravesó el viento.

Los animales se detuvieron.

Los mirlos cerraron el pico.

Las ranas callaron.

Los carpinteros apartaron el pico de los troncos.

El río siguió avanzando unos instantes hasta que las pequeñas barreras redujeron su corriente.

Solo el viento continuó moviéndose.

El búho respiraba con dificultad.

Varias plumas se habían soltado de su pecho.

—Esto es un ensayo —dijo—. No una tormenta.

El viento no respondió.

Nunca respondía de la manera que se esperaba.

—Has entrado sin autorización. Has modificado el pulso. Has alterado la dinámica y has impedido que los músicos siguieran mis indicaciones.

Una ráfaga hizo temblar el tablero.

—No puedes participar en el concierto.

Los animales miraron al búho.

Después miraron las ramas.

El viento atravesó lentamente el claro.

Rozó las cintas blancas.

Movió las hojas de las partituras.

Se acercó al lugar vacío que el búho le había asignado desde el primer ensayo.

La piedra seguía allí.

Sobre ella podía leerse:

VIENTO

Una ráfaga levantó el letrero y lo dejó caer boca abajo.

Después el viento se retiró hacia las montañas.

Nadie habló.

El búho recogió las partituras.

—Continuaremos mañana.

—Pero la música... —comenzó el mirlo joven.

El búho lo miró.

—¿Qué ocurre con la música?

El pájaro dudó.

—Sonaba distinta.

—Sonaba desordenada.

—Sonaba viva —dijo Lolo.

Fue la primera vez que su voz se escuchó con claridad en mitad de un ensayo.

Todos se volvieron hacia él.

Lolo sostenía el lienzo manchado.

El búho descendió de la piedra.

—La vida no es una excusa para el desorden.

Lolo miró su cuadro.

—No.

Esperó.

—Pero a veces el desorden es la forma en que algo recuerda que está vivo.

El búho observó las manchas.

—Eso no es una pintura.

Lolo inclinó el lienzo.

Una gota azul continuaba descendiendo lentamente.

—Todavía no.

El búho cerró la maleta con más fuerza de la necesaria.

Los animales abandonaron el claro.

Algunos hablaban de la tormenta.

Otros del concierto.

Varios temían que el viento regresara y arruinara los ensayos.

Nadie sabía con certeza qué había ocurrido.

La música había sido imposible de controlar.

También había sido imposible de olvidar.

Aquella noche el bosque permaneció completamente silencioso.

No era el silencio antiguo que unía los sonidos.

No era la pausa donde cada criatura encontraba su lugar.

Era un silencio cauteloso.

Un silencio que temía comenzar sin permiso.

En su casa, el búho redactó una nueva norma:

Queda prohibida la participación de cualquier elemento que no pueda comprometerse a seguir la dirección.

Debajo añadió:

El concierto debe estar protegido de lo imprevisible.

Después cerró la libreta.

Estaba convencido de haber tomado la decisión correcta.

En la orilla del río, Lolo contemplaba el lienzo arruinado.

Las pinturas seguían mezclándose.

El viento había dejado una hoja roja pegada en el centro.

Era imperfecto.

Confuso.

Imposible de repetir.

Lolo lo miró durante mucho tiempo.

Después tomó el pincel.

No corrigió las manchas.

No retiró la hoja.

Solo pintó, en un rincón del cuadro, una piedra blanca y vacía.

Cuando terminó, comprendió que el bosque no había aprendido únicamente a contar.

También había empezado a contar quiénes podían pertenecer a su música.

Y quiénes debían permanecer afuera.



Leyla

Está día en que el bosque vivió a escape

Durante las horas que siguieron a la tormenta, el búho trabajó más que nunca.

Pasó la noche reconstruyendo los atriles que el viento había derribado, ordenando las hojas de las partituras y revisando cada una de las indicaciones que había escrito para el concierto.

En algunas, la lluvia había borrado los silencios.

En otras, las notas habían corrido por el papel hasta mezclarse unas con otras, formando manchas oscuras que parecían pequeños grupos de pájaros huyendo hacia los márgenes.

El búho las copió de nuevo.

No se permitió dormir hasta que cada signo regresó a su sitio.

También añadió una instrucción en la primera página de todas las partituras:

Ningún sonido ajeno a la obra deberá intervenir durante la interpretación.

Debajo, con una letra más pequeña, escribió:

Incluido el viento.

Cuando terminó, contempló su trabajo con una mezcla de cansancio y satisfacción.

No quería silenciar el bosque.

Estaba convencido de que intentaba salvarlo de aquello que podía arruinar su música.

A la mañana siguiente reunió a los animales.

No mencionó la tormenta.

No recordó la frase de Lolo.

No habló de la música que, durante unos instantes, había surgido cuando cada criatura dejó de contar y comenzó a responder al viento.

Simplemente levantó las alas y dijo:

—Mañana celebraremos el concierto. Esta vez, nada quedará al azar.

Los animales guardaron silencio. Algunos miraron hacia las ramas, todavía húmedas por la tormenta, pero nadie hizo preguntas.

El día del concierto llegó con un cielo despejado.

Desde muy temprano, animales de regiones lejanas comenzaron a aproximarse al claro.

Vinieron ciervos del valle, zorros de los campos, liebres de las colinas y aves que habían cruzado montañas enteras atraídas por las noticias sobre el bosque que había aprendido a sonar como una gran orquesta, aunque ninguno de sus habitantes habría sabido explicar qué era realmente una orquesta.

También llegaron algunos animales viejos que recordaban cómo era aquel lugar antes de la llegada del búho.

Se sentaron en silencio, sin saber exactamente qué esperaban escuchar.

El claro había sido transformado.

Las piedras formaban filas ordenadas para los espectadores.

Las ramas habían sido podadas para que ninguna obstruyera la visión.

Las flores que no combinaban con la distribución elegida habían sido trasladadas detrás de los árboles.

Sobre el centro del escenario natural se elevaba una roca redondeada, desde donde el búho dirigiría.

Todo estaba dispuesto.

Nada parecía dejado al azar.

Antes de comenzar, el búho recorrió la orquesta.

Se detuvo junto a las ranas.

—No permitan que la emoción acelere el pulso.

Luego observó a los grillos.

—La regularidad también puede ser hermosa.

A los pájaros carpinteros les pidió que escucharan antes de golpear.

A las luciérnagas les recordó que debían encenderse únicamente cuando él levantara el extremo izquierdo del ala.

Finalmente llegó hasta los mirlos.

Entre ellos estaba el pájaro joven que había seguido con su canto la caída de una hoja.

El búho lo reconoció.

—Hoy no necesitamos sorpresas —le dijo sin dureza—. Necesitamos confianza.

El mirlo asintió.

Pero no supo si el búho le estaba pidiendo que confiara en la música o que desconfiara de sí mismo.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, el búho subió a la roca.

El bosque entero guardó silencio.

No era el silencio natural que antecede a la noche.

Era un silencio construido.

Cada criatura esperaba una señal.

El búho levantó las alas.

Durante un instante no ocurrió nada.

Después las bajó.

La música comenzó.

Las ranas emitieron un pulso grave y profundo.

Los grillos extendieron sobre él una vibración luminosa.

Los pájaros carpinteros respondieron desde distintos puntos del claro, como si los árboles se llamaran unos a otros.

Entonces aparecieron los mirlos.

Su melodía recorrió la orquesta con una claridad que ninguno de los presentes había escuchado antes.

Cada entrada se produjo en el instante preciso.

Cada silencio tuvo la duración exacta.

Las luciérnagas se encendieron cuando la música alcanzó su parte más delicada y el claro pareció llenarse de estrellas pequeñas que respiraban al mismo tiempo.

El búho dirigía con una concentración absoluta.

Conocía cada voz.

Sabía qué animal debía escucharse y cuál tenía que desaparecer por un momento.

Un movimiento de sus alas bastaba para contener a las ranas.

Un giro de la cabeza hacía crecer a los insectos.

Una leve inclinación conseguía que todos los pájaros respiraran juntos.

Aquello que había imaginado durante tantos años estaba ocurriendo.

El bosque ya no era una multitud de sonidos.

Era una obra.

El público permaneció inmóvil.

Algunos animales cerraron los ojos.

Otros contuvieron la respiración.

Los más viejos se miraron sorprendidos, porque reconocían las voces de siempre y, sin embargo, parecían escuchar algo enteramente nuevo.

La música avanzó hasta alcanzar el gran pasaje final.

Todas las criaturas comenzaron a reunirse dentro de una misma armonía.

Las ranas sostuvieron la tierra.

Los insectos llenaron el aire.

Los pájaros carpinteros dieron forma al tiempo.

Los mirlos elevaron la melodía por encima de los árboles.

El búho abrió las alas por completo.

La última nota apareció exactamente como estaba escrita.

Y terminó exactamente cuando debía terminar.

Durante unos segundos nadie se movió.

Luego el claro estalló.

Los animales golpearon el suelo con las patas.

Las aves batieron las alas.

Los pájaros carpinteros golpearon los troncos sin esperar ninguna señal.

Las voces de admiración se extendieron hasta los límites del bosque.

—¡Nunca habíamos escuchado algo semejante!

—¡El bosque entero parecía una sola criatura!

—¡Jamás habíamos sonado tan bien!

El búho inclinó la cabeza.

No sonrió de inmediato.

Quiso asegurarse de que el último silencio se hubiera completado antes de permitir que la alegría entrara en él.

Entonces miró a la orquesta.

Habían trabajado.

Habían aprendido.

Habían logrado juntos algo que ninguno habría podido construir solo.

Y por primera vez desde su llegada, el búho sintió que el bosque comprendía aquello que él había intentado ofrecerle.

No poder.

No obediencia.

Una forma de belleza.

Bajó de la roca rodeado por felicitaciones.

Las ranas le agradecieron haberles enseñado a sostener el pulso.

Los insectos dijeron que nunca habían comprendido cuánto podía cambiar un sonido cuando era escuchado por otros.

Las luciérnagas hablaban emocionadas de la manera en que su luz había formado parte de la música.

Incluso algunos de los animales más viejos se acercaron para reconocer que jamás imaginaron que las voces del bosque pudieran organizarse de aquella manera.

El búho recibió cada palabra con serenidad.

Sin embargo, mientras todos celebraban, buscó con la mirada al mirlo joven.

Lo encontró apartado de los demás, sobre una rama baja.

El pájaro no parecía triste.

Tampoco estaba contento.

Miraba el cielo que se oscurecía.

El búho se acercó.

—Cantaste muy bien —dijo.

—Gracias.

—No añadiste ninguna nota.

—No.

—Y la melodía conservó su forma.

El mirlo observó durante un momento las primeras estrellas.

—Sí.

El búho esperó algo más.

Pero el pájaro no habló.

—¿No estás satisfecho? —preguntó finalmente.

El mirlo bajó la mirada.

—Nunca había cantado algo tan grande.

El búho asintió.

—Eso es lo que sucede cuando una voz aprende a formar parte de algo mayor que ella.

El mirlo volvió a mirar el cielo.

—Pero por un momento no supe cuál de todas las voces era la mía.

El búho guardó silencio.

No porque no tuviera una respuesta.

Tenía muchas.

Podía explicarle que una gran obra exigía renunciar a ciertas libertades.

Podía hablarle del equilibrio, de la disciplina y de la responsabilidad de no sobresalir cuando la música pedía unidad.

Todo eso era cierto.

Pero, por alguna razón, ninguna de aquellas explicaciones le pareció suficiente.

—La encontrarás —dijo.

El mirlo inclinó la cabeza.

—¿Dentro de la partitura?

El búho miró las hojas ordenadas sobre los atriles.

—Tal vez.

El pájaro esperó.

—¿Y si no está allí?

El búho no respondió.

En ese instante, desde algún lugar fuera del claro, se escuchó el canto de un ave desconocida.

Era una melodía breve.

No pertenecía al concierto.

No seguía ninguna medida.

Comenzó con una nota áspera, ascendió de manera irregular y terminó en un sonido tan frágil que parecía haber sido inventado mientras desaparecía.

El mirlo joven alzó la cabeza.

El búho también.

Ambos permanecieron inmóviles hasta que la melodía se perdió entre los árboles.

El mirlo pensó que aquel pájaro cantaba sin conocer ninguna de las cosas que él había aprendido durante los ensayos.

No sabía mantener una entrada.

No construía armonías.

No podía reunir a un bosque entero dentro de una obra.

Y, sin embargo, había algo en su canto que parecía pertenecerle por completo.

El mirlo sintió una punzada de envidia.

Quería comprender la arquitectura de la música del búho.

Quería aprender a sostener una melodía junto a cien voces.

Pero también deseaba conservar aquello que el ave desconocida parecía poseer sin esfuerzo: la capacidad de encontrar una nota que todavía no existía.

El búho escuchó el mismo canto de otra manera.

Reconoció sus defectos.

La respiración estaba mal distribuida.

La segunda frase había comenzado antes de que la primera terminara.

El intervalo final resultaba difícil de justificar.

Sin embargo, el búho no pudo apartar la atención.

Había en aquella voz algo que ninguno de sus estudios le había enseñado a producir.

No era precisión.

No era conocimiento.

Ni siquiera era belleza en el sentido que él conocía.

Era necesidad.

El ave no cantaba porque hubiera llegado el momento de hacerlo.

Cantaba porque, de no hacerlo, algo dentro de ella habría permanecido incompleto.

El búho recordó entonces sus años entre los humanos.

Recordó las salas de estudio, las largas noches inclinadas sobre partituras y los maestros que corregían cada movimiento de sus alas.

Recordó la primera vez que comprendió cómo una nota podía preparar otra, cómo una tensión podía crecer durante páginas enteras antes de resolverse y cómo numerosas voces podían sostener una arquitectura invisible.

Había amado todo aquello.

Todavía lo amaba.

Pero también recordó algo anterior.

Mucho antes de sus estudios, cuando aún era un búho pequeño, había escuchado la lluvia golpear el techo hueco de un árbol.

Sin saber por qué, había respondido con tres sonidos.

La lluvia contestó.

Él volvió a cantar.

Durante algunos minutos creyó que estaba conversando con el cielo.

No sabía entonces que aquellos sonidos carecían de forma.

No sabía que la segunda nota estaba fuera de toda escala conocida.

No sabía que el ritmo cambiaba cada vez que respiraba.

Solo sabía que quería seguir.

¿Cuándo había dejado de cantar de aquella manera?

El búho observó al mirlo.

El mirlo lo observó a él.

Ninguno dijo nada.

Cada uno creyó reconocer en el otro una libertad que le pertenecía desde siempre.

Mientras tanto, la celebración continuaba.

Los animales repetían fragmentos del concierto.

Algunos imitaban los movimientos del búho.

Las ranas más jóvenes ensayaban entradas perfectas.

Las luciérnagas preguntaban cuándo sería la próxima presentación.

Todo parecía confirmar que el esfuerzo había valido la pena.

Y había valido la pena.

Esa era la parte más difícil de comprender.

La música había sido hermosa.

El búho había enseñado al bosque algo verdadero.

Pero una verdad, cuando pretende ocupar todo el espacio, puede terminar expulsando a otras.

Lolo se había alejado del claro.

No quería huir de la celebración.

Simplemente había visto algo moverse entre los árboles y decidió seguirlo.

Era una hoja amarilla.

El viento la arrastraba por el suelo en pequeños saltos.

Se detenía junto a una raíz, giraba sobre sí misma y continuaba hacia otro lugar.

Lolo caminó detrás de ella.

La hoja lo condujo hasta una parte del bosque donde todavía quedaban ramas caídas por la tormenta.

Allí encontró un tronco hueco.

Sobre él descansaba una rama larga y delgada.

Lolo la tomó y golpeó suavemente el tronco.

No ocurrió nada.

Volvió a intentarlo.

La madera produjo apenas un sonido opaco.

Lolo cambió de lugar.

Golpeó de nuevo.

Esta vez apareció una nota clara y profunda.

Se sorprendió.

Observó la rama.

Era la misma.

El tronco también.

La movió unos centímetros y volvió a golpear.

El sonido cambió.

Lolo comenzó a probar distintos lugares.

Cada parte del tronco guardaba una voz diferente.

Algunas eran secas.

Otras parecían venir de muy lejos.

Una hizo vibrar las hojas cercanas.

Otra espantó a un insecto que dormía dentro de la corteza.

Lolo sonrió.

—Curioso —murmuró.

Golpeó una vez más el lugar donde había nacido la nota más profunda.

—La rama no cambió.

Esperó hasta que la vibración desapareció.

—Cambió el lugar donde decidió escucharla.

No sabía que el búho se encontraba detrás de él.

Había abandonado por un momento la celebración, siguiendo el mismo camino por el que desapareció el mirlo joven.

Al escuchar la frase de Lolo, observó el tronco.

—La rama no decide —dijo.

Lolo volvió la cabeza.

—Entonces tuve suerte.

—Encontraste el punto donde la madera puede vibrar con mayor libertad.

—Eso suena menos afortunado.

El búho se acercó.

Tomó la rama y golpeó exactamente en el mismo lugar.

La nota reapareció.

—No fue casualidad —explicó—. El interior del tronco tiene una forma. El aire se mueve dentro de él. Si golpeas aquí, la vibración encuentra espacio para crecer.

Lolo escuchó con atención.

—Entonces tú sabes por qué suena.

—Sí.

—Yo solo sabía que sonaba.

El búho le devolvió la rama.

—Saber por qué permite repetirlo.

Lolo golpeó de nuevo.

La nota fue casi igual.

—Casi —dijo.

—La repetición exige práctica.

Lolo probó una vez más.

Esta vez el sonido resultó más limpio.

—Tienes razón.

El búho pareció sorprendido.

Lolo continuó golpeando el tronco en distintos puntos.

—Pero si solo golpeará donde tú me indicaste —añadió—, nunca descubriría las otras voces.

El búho observó la superficie de la madera.

No discutió.

Lolo tampoco.

Durante un momento exploraron juntos el tronco.

El búho explicaba por qué ciertos lugares producían sonidos más abiertos.

Lolo golpeaba aquellos en los que, según el búho, no debía aparecer nada interesante.

Algunas veces el búho tenía razón.

Otras, Lolo encontraba una vibración inesperada escondida en una grieta.

Poco después llegó el mirlo joven.

Se posó sobre una rama cercana y escuchó.

Lolo golpeó una secuencia irregular.

El mirlo respondió con tres notas.

El búho levantó ligeramente un ala, como si estuviera a punto de corregirlo.

Pero se detuvo.

Lolo repitió el ritmo.

El mirlo cambió la última nota.

El búho escuchó.

Luego tomó una rama más corta y añadió un pulso grave.

Los tres quedaron sorprendidos.

Repitieron el pequeño fragmento.

La segunda vez fue más preciso.

La tercera fue diferente.

A la cuarta, el mirlo se adelantó.

El mirlo estuvo a punto de detenerse, pero encontró otra manera de continuar.

La música duró muy poco.

No tenía una forma clara.

No habría podido presentarse ante el bosque.

No estaba terminada.

Tal vez ni siquiera había comenzado realmente.

Pero cuando cesó, ninguno de los tres habló de errores.

Desde el claro llegaron nuevas voces de celebración.

Los animales llamaban al búho.

Querían que regresara.

Esperaban que anunciara otro concierto.

El búho dejó la rama sobre el tronco.

Miró al mirlo.

Después miró a Lolo.

—La inspiración sin disciplina se pierde —dijo.

No lo pronunció como una advertencia.

Parecía recordárselo a sí mismo.

Lolo pasó los dedos por la corteza del tronco.

—Y la disciplina sin inspiración puede olvidar por qué empezó a cantar.

El mirlo observó a ambos.

El búho no respondió.

Tampoco se marchó de inmediato.

Desde algún lugar lejano volvió a cantar el ave desconocida.

Esta vez, después de su última nota, el mirlo añadió otra.

No estaba escrita.

El búho cerró los ojos.

Escuchó hasta el final.

Luego regresó al claro.

Los animales lo recibieron con entusiasmo.

Le pidieron que hablara.

Querían saber cuándo comenzarían los ensayos de la siguiente obra.

El búho se subió de nuevo a la roca desde donde había dirigido.

Contempló a las ranas, a los insectos, a los pájaros carpinteros, a las luciérnagas y a todas las aves que esperaban sus instrucciones.

Había imaginado aquel momento durante años.

El bosque confiaba en él.

Su método había triunfado.

Podía conducirlos aún más lejos.

Abrió las alas.

Los animales guardaron silencio.

El búho miró la partitura que había dejado sobre el atril.

En la primera página todavía podía leerse:

Ningún sonido ajeno a la obra deberá intervenir durante la interpretación.

Debajo:

Incluido el viento.

El búho permaneció inmóvil.

Después tomó la hoja.

No la rompió.

No borró la regla.

Simplemente la dobló y la guardó bajo el ala.

—Mañana descansaremos —anunció.

Los animales se miraron sorprendidos.

Nunca habían escuchado al búho ordenar un día sin ensayo.

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó una rana joven.

El búho contempló el bosque.

Algunas hojas comenzaban a moverse.

Una luciérnaga se encendió antes de recibir permiso.

En una rama lejana, el mirlo joven aguardaba.

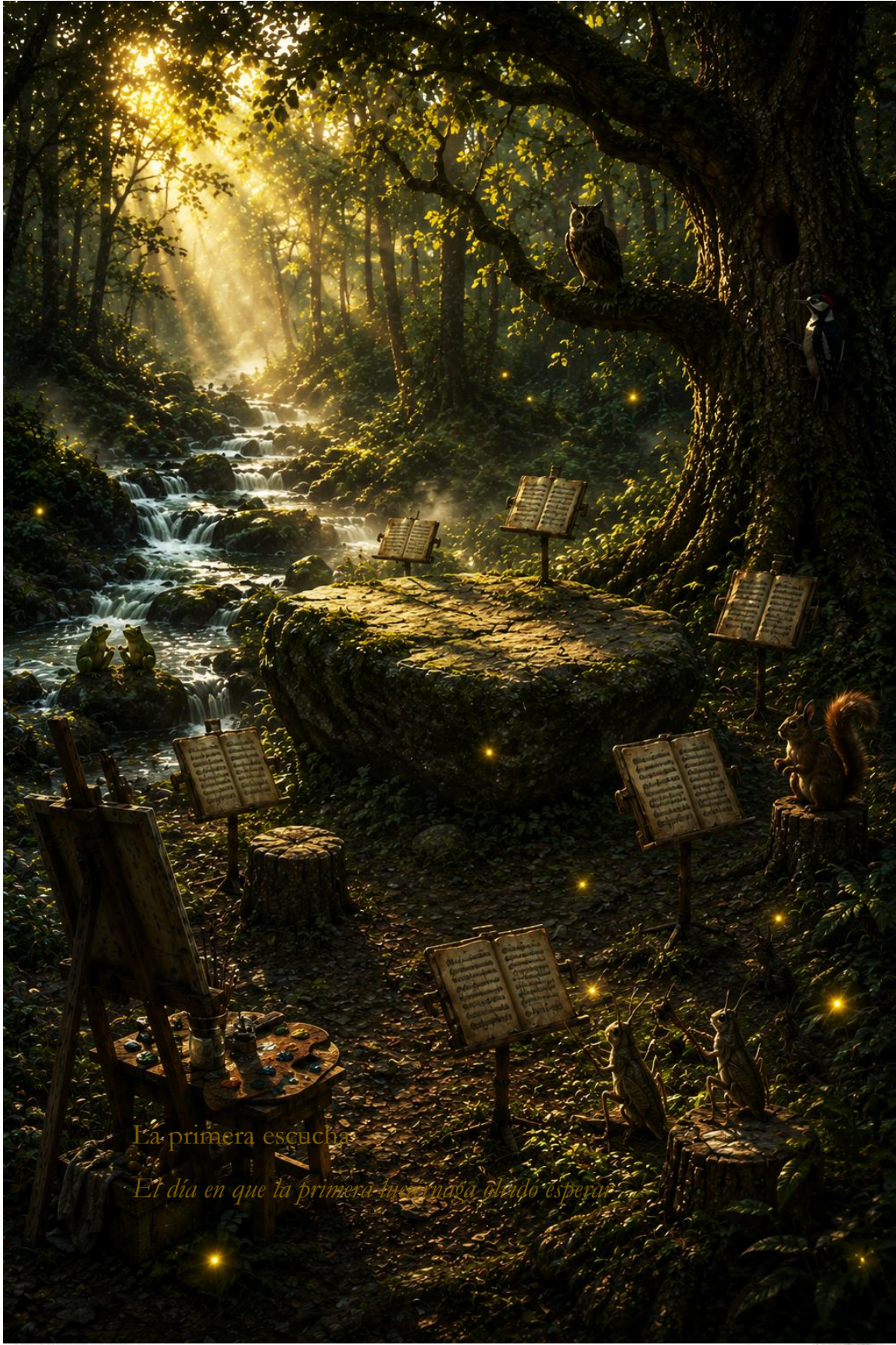
—No lo sé —respondió el búho.

Era la primera vez que decía aquellas palabras desde que había llegado.

El viento atravesó el claro.

Nadie intentó detenerlo.

Y aunque el concierto había terminado hacía mucho tiempo, algo diferente comenzó a sonar.



La primera escucha

El día en que la primera luz estaba al lado esperar

Cuando amaneció, nadie escuchó la llamada del búho.

Las ramas permanecían quietas.

El claro seguía allí, exactamente igual que la noche anterior.

Los atriles continuaban en su lugar.

Las partituras descansaban sobre ellos.

La piedra desde donde el búho dirigía seguía iluminada por los primeros rayos del sol.

Todo parecía dispuesto para comenzar otro ensayo.

Pero nadie dio la señal.

Los primeros en llegar fueron los grillos.

Se acomodaron como siempre.

Esperaron.

Uno de ellos comenzó a mover lentamente las patas.

Otro levantó la cabeza.

Un tercero preguntó en voz baja:

—¿Todavía no?

Ninguno respondió.

Continuaron esperando.

Poco después llegaron las ranas.

Ocuparon exactamente los mismos lugares del concierto.

Habían aprendido dónde debía sentarse cada una.

Una rana joven respiró profundamente.

Quiso comenzar un ritmo.

Levantó una pata.

Pero la bajó de inmediato.

—Aún no han dado la entrada.

Las demás asintieron.

Parecía una razón suficiente.

Las horas comenzaron a avanzar.

Los pájaros carpinteros golpeaban distraídamente algunos troncos.

Siempre el mismo número de veces.

Después se detenían.

Miraban hacia el claro.

Esperaban otra indicación.

Las luciérnagas, aunque todavía era de día, discutían entre ellas.

—¿Y si hoy el ensayo comienza más tarde?

—¿Y si debemos esperar al anochecer?

—¿Y si el maestro cambió el horario?

Ninguna imaginó, siquiera por un instante,
encenderse porque sí.

Lolo observaba la escena desde una roca.

No entendía qué estaba ocurriendo.

Nadie estaba prohibiendo cantar.

Nadie estaba prohibiendo jugar.

Nadie estaba dando órdenes.

Sin embargo...

el bosque permanecía inmóvil.

Como si la libertad también necesitara
instrucciones.

Lolo tomó un pincel.

Intentó pintar aquel extraño silencio.

Pero no encontraba colores.

Solo espacios.

Muchos espacios.

Entonces comprendió que el silencio también
podía cambiar de forma.

Existía el silencio del amanecer.

El silencio de la nieve.

El silencio antes de una tormenta.

Y existía otro.

Mucho más difícil de mirar.

El silencio de quien espera que otro decida por él.

Guardó el pincel.

Aquella pintura todavía no estaba lista.

Mientras tanto, el mirlo joven caminaba solo entre los árboles.

Había decidido no acercarse al claro.

Subió hasta una rama donde acostumbraba cantar antes de conocer al búho.

Respiró.

Abrió el pico.

La primera nota salió limpia.

La segunda también.

Pero, antes de cantar la tercera, se detuvo.

Algo no estaba bien.

Volvió a empezar.

Esta vez escuchó mentalmente la voz del búho.

"Respira un instante más."

Lo hizo.

Cantó otra vez.

"La entrada es demasiado rápida."

Corrigió el tiempo.

Intentó una cuarta vez.

"Ese intervalo resulta inestable."

Se quedó inmóvil.

Miró alrededor.

No había nadie.

Y, sin embargo...

seguía obedeciendo.

No al búho.

A una voz que ahora vivía dentro de él.

Sintió miedo.

No porque hubiera aprendido demasiado.

Sino porque ya no sabía distinguir cuáles pensamientos eran suyos y cuáles pertenecían a quien le había enseñado.

Muy lejos de allí, el búho caminaba sin rumbo fijo.

Había cumplido su palabra.

No habría ensayo.

Pero tampoco sabía qué hacer con un día entero sin dirigir.

Escuchó un arroyo.

Pensó en acercarse.

Recordó cómo sonaba antes de estudiar música.

Descendió lentamente hasta la orilla.

El agua golpeaba las piedras formando pequeños ritmos irregulares.

El búho cerró los ojos.

Durante unos instantes intentó no analizarlos.

No contar.

No ordenar.

Solo escuchar.

Lo consiguió.

Quizá durante tres segundos.

Después comenzaron a aparecer las relaciones entre los sonidos.

Los pulsos.

Las repeticiones.

Las simetrías.

Las posibles variaciones.

Sin darse cuenta, ya estaba dirigiendo el arroyo dentro de su imaginación.

Abrió los ojos.

Sonrió con cierta tristeza.

—Ya no sé escuchar como antes.

El agua siguió cayendo.

No respondió.

Pero tampoco dejó de cantar.

Al caer la tarde, casi todos los animales habían regresado a sus hogares sin haber hecho nada.

Nada de nada.

Y, sin embargo, todos terminaron el día muy cansados.

Como ocurre cuando uno pasa demasiado tiempo esperando algo que nunca sucede.

Solo Lolo permanecía todavía en el claro.

Pintaba los atriles vacíos.

No los pintaba con tristeza.

Los pintaba como quien dibuja una pregunta.

Entonces escuchó pasos.

Era el búho.

Los dos contemplaron el claro en silencio.

Ninguno habló durante un largo rato.

Finalmente, Lolo dijo:

—Hoy nadie hizo música.

El búho asintió.

—Les di un día de descanso.

Lolo siguió mirando los atriles.

—No descansaron.

Esperaron.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre los árboles.

El búho observó el bosque.

Por primera vez advirtió algo que había permanecido oculto durante meses.

Nadie corría detrás de una mariposa.

Ninguna rana inventaba un ritmo nuevo.

Los pájaros no respondían al viento.

Hasta las hojas parecían caer con cautela.

No porque él lo hubiera ordenado.

Porque habían aprendido a preguntarse si debían hacerlo.

El búho sintió un peso inesperado.

Toda su vida había creído que enseñar consistía en mostrar un camino.

Jamás imaginó que alguien pudiera olvidar el suyo mientras aprendía el de otro.

El sol desapareció lentamente.

Una luciérnaga salió entre los arbustos.

Se detuvo.

Miró el cielo.

Miró el claro.

Esperó unos segundos.

Y, por primera vez desde que el búho había llegado al bosque...

se encendió sin que nadie se lo pidiera.

La siguió otra.

Después otra.

Y otra más.

Ninguna iluminaba exactamente al mismo tiempo.

No formaban figuras perfectas.

No obedecían un patrón.

Pero el bosque comenzó a llenarse de una luz distinta.

Lolo sonrió.

No dijo nada.

El búho tampoco.

Simplemente contempló aquellas pequeñas luces danzando libremente entre los árboles.

Y, por primera vez, no sintió el deseo de ordenarlas



La confianza

El día en que el búho comprendió que confiar también era una forma de dirigir

Pasaron varios días sin ensayos.

El bosque había recuperado parte de su antiguo movimiento.

Las ranas volvieron a conversar junto al agua.

Los insectos comenzaron a cruzar el aire sin seguir trayectorias idénticas.

Algunas hojas caían antes que otras.

Las luciérnagas ya no esperaban siempre el mismo instante para encenderse.

Todo parecía volver lentamente a la vida.

Pero nada era exactamente igual.

El aprendizaje nunca desaparece.

Solo cambia de lugar.

El búho caminaba solo.

No llevaba partituras.

No buscaba errores.

Había descubierto algo que nunca le habían enseñado los grandes maestros humanos.

Cuando uno deja de dirigir...

el mundo continúa.

Aquella idea parecía sencilla.

Sin embargo, lo acompañaba como una pregunta imposible.

Durante años había creído que el director sostenía la música.

Ahora comenzaba a sospechar que, tal vez, la música siempre había sabido sostenerse sola.

Él únicamente le ayudaba a encontrarse.

Aquella diferencia era pequeña.

Y enorme.

Llegó hasta un viejo roble.

Se sentó bajo su sombra.

No hizo nada.

Simplemente escuchó.

El viento atravesó lentamente las ramas.

Una hoja comenzó a desprenderse.

Giró una vez.

Después otra.

Finalmente cayó.

El búho sonrió.

No porque hubiera comprendido algo.

Porque, por primera vez en mucho tiempo...
no intentó calcular el tiempo que tardó en caer.

Solo la vio.

A unos metros de allí, Lolo pintaba.

No levantó la vista.

Sabía que el búho estaba aprendiendo algo que
ningún maestro podía enseñarle.

Hay conocimientos que solo aparecen cuando uno
deja de buscarlos.

Entonces ocurrió algo inesperado.

El mirlo joven comenzó a cantar.

No era un gran canto.

No intentaba impresionar a nadie.

Era apenas una melodía sencilla.

Con pequeñas dudas.

Con respiraciones imperfectas.

Con silencios demasiado largos.

Con una nota que parecía equivocarse.

El búho escuchó.

Su primer impulso fue corregirla.

La segunda frase podía sostenerse mejor.

El final llegaba demasiado pronto.

La respiración debía desplazarse un instante.

Todo eso apareció en su mente.

Pero no habló.

Continuó escuchando.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

Aquella nota "equivocada" hizo que otra ave respondiera desde muy lejos.

Después respondió otra.

Y otra.

No estaban interpretando la misma melodía.

Estaban conversando.

Cada pájaro modificaba ligeramente la frase anterior.

Ninguno repetía exactamente lo recibido.

Sin embargo...

todos pertenecían a la misma música.

El búho sintió un estremecimiento.

Aquello no podía escribirse.

Si intentaba fijarlo sobre un papel...

dejaba de existir.

Miró el cielo.

Durante muchos años había pensado que una partitura era el lugar donde la música permanecía para siempre.

Ahora descubriría otra posibilidad.

Quizá existían músicas que solo podían vivir mientras alguien las estaba inventando.

Lolo dejó el pincel.

Se acercó lentamente.

—¿Qué escuchas?

El búho tardó en responder.

—Una conversación.

Lolo sonrió.

—Yo también.

Permanecieron allí largo rato.

Sin decir nada más.

Hasta que el búho preguntó algo que jamás había preguntado.

—¿Siempre fue así?

Lolo tardó unos segundos.

—Sí.

—¿Y por qué nunca lo vi?

Lolo miró las hojas.

—Porque estabas escuchando otra cosa.

Aquellas palabras no tenían reproche.

Solo describían un hecho.

El búho bajó la cabeza.

Pensó en todos los meses dedicados a enseñar al bosque a respirar junto.

No se arrepentía.

La música que habían construido seguía pareciéndole hermosa.

Pero ahora comprendía algo nuevo.

Había pasado tanto tiempo enseñando al bosque a escucharse entre sí...

que había olvidado escuchar al bosque cuando nadie ensayaba.

El viento volvió a pasar.

Esta vez no parecía atravesar los árboles.

Parecía atravesar al propio búho.

Entonces recordó a uno de sus antiguos maestros humanos.

Un director muy anciano.

El último día de clases, aquel maestro había dicho una frase que el joven búho nunca entendió.

—Cuando creas que ya sabes dirigir...
deja de dirigir durante un año.
Escucha.
Después vuelve.
Solo entonces comenzarás a aprender.
En aquel momento le pareció una frase hermosa.
Ahora comenzaba a entenderla.
No hablaba de la música.
Hablabla de la humildad.
Al caer la tarde, el búho reunió nuevamente a los animales.
Todos acudieron con rapidez.
Esperaban nuevas instrucciones.
Nuevas obras.
Nuevos ensayos.
El búho los observó uno por uno.
Después miró los atriles.
Las partituras.
La piedra.
Todo seguía allí.
Podía continuar exactamente igual que antes.

Nadie se lo impediría.

Sin embargo, levantó las alas.

Los animales guardaron silencio.

—Mañana volveremos a hacer música.

Una alegría recorrió el claro.

Pero el búho continuó.

—No traeré partituras.

El bosque entero quedó inmóvil.

Las ranas se miraron confundidas.

Los grillos dejaron de moverse.

Los pájaros carpinteros inclinaron la cabeza.

Incluso Lolo dejó de pintar.

El búho respiró profundamente.

Era la decisión más difícil que había tomado desde su llegada.

—Mañana...

quiero que el bosque me enseñe a mí.

Nadie habló.

Ni siquiera el viento.

Porque hay momentos en que una sola frase cambia una historia completa.



La música que todavía no tenía nombre

El día en que la música todavía no sabía que era música

La lluvia había caído durante toda la noche.

No una lluvia intensa.

Una de esas lluvias lentas que parecen conversar con las hojas.

Cuando amaneció, el bosque olía distinto.

La tierra respiraba.

Los troncos conservaban pequeñas gotas que reflejaban la luz del sol como si cada árbol hubiera despertado cubierto de diminutas estrellas.

Los animales llegaron poco a poco al claro.

Nadie ocupó inmediatamente su antiguo lugar.

Algo había cambiado desde el último ensayo.

No sabían exactamente qué.

Pero todos lo sentían.

El búho ya estaba allí.

No sobre la gran piedra.

Aquello sorprendió a todos.

Se encontraba sentado en una roca, exactamente a la misma altura que los demás.

No había elevado las alas.

No había preparado ninguna partitura.

Ni siquiera parecía esperar silencio.

Simplemente observaba cómo el bosque despertaba.

Las conversaciones aparecían y desaparecían como pequeñas corrientes de aire.

Las ranas hablaban con los grillos.

Los pájaros discutían con las ardillas sobre la lluvia de la noche.

Los carpinteros comparaban los sonidos que habían descubierto en distintos troncos.

Durante varios minutos, el búho no dijo absolutamente nada.

Lolo sonrió.

Comprendía que aquel silencio no era una ausencia.

Era una invitación.

Finalmente, el búho habló.

Pero lo hizo tan despacio que casi parecía continuar el silencio.

—Hoy no he venido a enseñarles una obra.

Las miradas comenzaron a cruzarse.

—He venido a pedirles ayuda.

El bosque entero quedó inmóvil.

Nunca antes habían escuchado aquellas palabras.

El viejo búho...

pidiendo ayuda.

El mirlo dio un pequeño paso hacia adelante.

—¿Qué necesitas aprender?

El búho respiró profundamente.

No apartó la mirada.

—Quiero aprender cómo nace una canción cuando nadie sabe todavía que está naciendo.

Durante unos segundos nadie respondió.

No porque no supieran qué decir.

Sino porque jamás les habían hecho una pregunta semejante.

Entonces ocurrió algo inesperado.

No fue un sonido.

Fue un gesto.

Una pequeña ardilla comenzó a seguir con la cola el movimiento del viento.

Sin darse cuenta.

Solo por jugar.

Una hoja cayó.

La cola cambió de dirección.

El movimiento dibujó una curva en el aire.

Una rana observó aquel ritmo silencioso.

Golpeó suavemente una piedra con una pata.

Un grillo respondió.

No porque creyera que debía hacerlo.

Porque le pareció hermoso.

El carpintero escuchó ambos sonidos.

Buscó un tronco cercano.

Contestó con tres golpes suaves.

No eran idénticos.

Ni pretendían serlo.

Eran una respuesta.

El mirlo cerró los ojos.

No intentó dirigir aquella conversación.

Añadió apenas cuatro notas.

Tan sencillas que casi parecían un suspiro.

Y el viento hizo el resto.

No acompañó la música.

Se mezcló con ella.

Como si siempre hubiera pertenecido a aquella conversación.

El búho permanecía inmóvil.

Sentía crecer dentro de sí el antiguo impulso.

Había momentos en que deseaba levantar un ala.

Marcar una respiración.

Unir dos ritmos.

Corregir una distancia.

Pero recordó algo.

Cada vez que el bosque había encontrado su voz...

él había permanecido en silencio.

Por primera vez comprendió que también existe una forma de dirigir que consiste en no intervenir.

No por indiferencia.

Sino por confianza.

Miró a Lolo.

El pintor no observaba a los animales.

Observaba los espacios entre ellos.

El lugar donde ningún sonido parecía existir.

Y, sin embargo, todo encontraba su equilibrio.

Más tarde, cuando el sol comenzó a esconderse, el bosque guardó silencio por sí solo.

No porque alguien levantara las alas.

No porque hubiera terminado una obra.

Simplemente porque todos sintieron que aquella conversación había dicho cuanto necesitaba decir.

El búho se puso de pie lentamente.

Miró a cada uno de los animales.

Después inclinó la cabeza.

No era una reverencia.

Era un agradecimiento.

—Hoy me enseñaron algo que nunca apareció en ninguno de mis libros.

El mirlo sonrió.

—¿Qué fue?

El búho contempló cómo una última hoja descendía lentamente hasta el suelo.

Esperó a que terminara de caer.

Solo entonces respondió.

—Que la confianza también tiene música.

Y nadie añadió una sola palabra.

Porque algunas melodías...

solo pueden terminar en silencio.



El bosque escucha

El día en que el bosque dejó de escucharse para comenzar a comprenderse

El bosque despertó antes que el sol.

Nadie había convocado un encuentro.

No existía un horario.

No había una obra anunciada.

Y, sin embargo, uno tras otro, los habitantes comenzaron a dirigirse hacia el claro.

No caminaban con prisa.

Parecía que todos obedecían una llamada que ninguno podía escuchar con los oídos.

Las ramas aún conservaban pequeñas gotas de rocío.

Al rozarlas, el viento producía un sonido tan delicado que apenas alcanzaba a distinguirse del silencio.

Lolo ya estaba allí.

Había colocado un lienzo completamente blanco frente al claro.

No llevaba bocetos.

No sabía qué iba a pintar.

Aquello, lejos de inquietarlo, le producía una extraña felicidad.

El búho llegó poco después.

Por costumbre, sus ojos buscaron la vieja piedra desde donde dirigía.

Luego sonrió.

Pasó de largo.

Se sentó entre las ranas.

Nadie dijo nada.

El mirlo apareció volando lentamente.

No se posó sobre la rama más alta.

Eligió una de las más bajas.

Casi a la altura de todos.

Aquella pequeña decisión pasó desapercibida para la mayoría.

Pero Lolo la vio.

Y comenzó el primer trazo sobre el lienzo.

No representaba un árbol.

Ni un ave.

Era apenas una línea que parecía buscar su propio camino.

Entonces ocurrió.

No hubo señal.

No hubo entrada.

No hubo cuenta.

Simplemente...

una abeja pasó cerca de unas flores.

Su zumbido encontró el murmullo del arroyo.

El arroyo abrazó el viento.

El viento hizo vibrar unas hojas secas.

Las hojas despertaron a un grillo.

El grillo respondió con un ritmo breve.

Una rana sonrió antes de acompañarlo.

No porque hubiera comprendido una obra.

Porque había reconocido una invitación.

El mirlo esperó.

Por primera vez no sintió la necesidad de comenzar.

Escuchó cómo el bosque construía lentamente una conversación.

Solo cuando encontró un espacio vacío dejó caer una nota.

No sobre las demás.

Entre ellas.

Y aquella diferencia cambió todo.
La melodía no avanzó como un camino recto.
Comenzó a crecer como las ramas de un árbol.
Cada sonido abría la posibilidad de otro.
Nadie repetía exactamente lo recibido.
Nadie intentaba imponerse.
Cada voz conservaba su propia naturaleza.
Sin embargo...
todo pertenecía a una única respiración.
El búho observaba maravillado.
No existía una partitura.
Pero sí una forma.
No existía un director.
Pero sí una dirección.
No existía una obra escrita.
Y, sin embargo...
la música parecía recordar un lugar al que todos
pertenecían desde antes de haber nacido.
Lolo dejó de mirar el bosque.
Miró el lienzo.
Algo extraordinario estaba ocurriendo.

Cada sonido parecía elegir un color.

Los golpes suaves del carpintero aparecían como ocre profundos.

Las notas del mirlo abrían pequeñas franjas azules.

Las ranas dejaban manchas verdes que respiraban lentamente.

Las luciérnagas, aunque todavía era de día, comenzaban a insinuarse como diminutos puntos dorados.

Pero lo más extraño no eran los colores.

Era el espacio entre ellos.

El silencio también comenzaba a pintarse.

No era blanco.

No era vacío.

Tenía una transparencia que permitía a los demás colores respirar.

Lolo comprendió entonces algo que nunca había pensado.

Quizá el silencio no era la ausencia de música.

Quizá era el lugar donde la música encontraba espacio para existir.

El pincel se detuvo.

El pintor respiró profundamente.

No añadió nada durante varios minutos.

Comprendió que también un cuadro podía arruinarse por exceso de belleza.

A veces...

la última pincelada consiste en no pintar.

Mientras tanto, el búho seguía escuchando.

Había dejado de analizar.

Había dejado de corregir.

Por primera vez desde que llegó al bosque, sentía que la música no necesitaba demostrar nada.

Solo necesitaba existir.

El sol comenzó a descender lentamente.

La conversación musical también fue haciéndose más sencilla.

Las voces desaparecían una tras otra.

No porque terminaran.

Porque ya habían dicho cuanto deseaban decir.

El último sonido fue el del viento atravesando las hojas más altas.

Después...

nada.

Un silencio inmenso cubrió el claro.

Nadie aplaudió.

Nadie buscó una explicación.

El búho fue el primero en hablar.

Su voz era apenas un susurro.

—¿Cómo se llama esta obra?

Todos se miraron.

Las ranas sonrieron.

Los grillos negaron con la cabeza.

El mirlo contempló el horizonte.

Lolo observó su pintura.

Finalmente respondió.

—Todavía no tiene nombre.

El búho permaneció largo rato mirando el bosque.

Después comprendió.

Las cosas verdaderamente vivas...

no nacen para ser nombradas.

Primero aprenden a respirar.

Los nombres llegan mucho después.

Aquella noche nadie regresó inmediatamente a su hogar.

Permanecieron bajo las estrellas.

No porque esperaran otra música.

Porque habían descubierto que, cuando el silencio era compartido, también él podía convertirse en una forma de compañía.

Y el bosque, que durante tanto tiempo había aprendido a cantar, descubrió aquella noche una verdad aún más antigua.

Las melodías nacen de los sonidos.

Pero las amistades...

nacen de los silencios que dos seres son capaces de compartir sin necesidad de romperlos.



La última obra

El día en que el bosque ya no necesitó que le enseñaran a cantar

La noticia recorrió el bosque sin que nadie supiera quién la había anunciado.

No fue un mensaje.

No fue una convocatoria.

Simplemente, aquella mañana, todos despertaron con la certeza de que debían encontrarse en el claro.

Las ardillas abandonaron por un momento la búsqueda de semillas.

Los ciervos caminaron lentamente entre los helechos.

Las ranas dejaron el borde del estanque.

Los grillos guardaron silencio mientras avanzaban entre la hierba.

Hasta el viento parecía conocer el camino.

Cuando el sol apenas comenzaba a atravesar las copas de los árboles, el claro estaba lleno.

Nadie hablaba.

No porque existiera solemnidad.

Sino porque todos compartían la misma sensación.

Aquel día era distinto.

El búho llegó el último.

Ya no caminaba con la seguridad de quien conoce todas las respuestas.

Había aprendido otra forma de andar.

Observando.

Escuchando.

Agradeciendo.

Se detuvo unos instantes antes de entrar al claro.

Miró cada árbol como si lo viera por primera vez.

El viejo roble.

El arroyo.

Las piedras donde descansaban las ranas.

La rama preferida del mirlo.

El lugar donde Lolo acostumbraba colocar su caballete.

Todo seguía allí.

Y, sin embargo, nada era igual.

Porque el bosque seguía siendo el mismo.

Quien había cambiado era él.

Lolo se acercó despacio.

No llevaba pinceles.

Ni lienzos.

Solo una pequeña libreta cerrada entre las manos.

—¿Hoy no vas a pintar? —preguntó el búho.

Lolo sonrió.

—No.

Hoy quiero recordar.

El búho asintió.

Comprendía perfectamente aquella decisión.

El mirlo descendió desde una rama cercana.

Ya no era el joven impulsivo de los primeros días.

Su voz seguía conservando la frescura del viento.

Pero ahora también conocía el valor de las pausas.

Se acercó al búho.

Durante un momento ninguno habló.

No hacía falta.

Finalmente, el mirlo rompió el silencio.

—¿Qué vamos a interpretar?

El búho levantó lentamente la mirada hacia las copas de los árboles.

Después respondió con una serenidad que sorprendió incluso a su propia voz.

—No lo sé.

Y ambos sonrieron.

Porque aquella era, precisamente, la respuesta correcta.

Los animales comenzaron a ocupar el claro.

Pero ya nadie buscaba un lugar fijo.

Las filas habían desaparecido.

Los primeros y los últimos también.

Cada uno encontraba naturalmente el sitio desde donde mejor podía escuchar a los demás.

El búho caminó hasta el centro.

Durante un instante todos pensaron que levantaría las alas.

Esperaron.

Él también sintió el antiguo impulso.

Los músculos recordaban aquel gesto mejor que la memoria.

Muy despacio levantó las alas.

No para dar una entrada.

No para imponer un tiempo.

Solo para saludar.

Permaneció así unos segundos.

Después las bajó lentamente.

Y nunca volvió a levantarlas.

Nadie comenzó inmediatamente.

El bosque respiró.

El silencio pasó de unos a otros como una brisa invisible.

Entonces una gota cayó desde una hoja.

Una sola.

El sonido fue tan pequeño que casi parecía imaginario.

Una rana respondió con un golpe suave sobre el agua.

El arroyo recogió aquel ritmo.

Las hojas comenzaron a acompañarlo.

Un pájaro desconocido dejó escapar dos notas breves.

El mirlo esperó.

No porque dudara.

Porque había aprendido que escuchar también es una forma de cantar.

Cuando sintió que había llegado su momento, dejó volar una melodía tan sencilla que cualquiera habría

podido creer que siempre había pertenecido al bosque.

Y quizá era verdad.

Poco a poco todas las voces fueron apareciendo.

Ninguna buscaba sobresalir.

Ninguna pretendía dirigir.

Cada sonido nacía porque otro sonido le había dejado espacio.

Lolo cerró los ojos.

No necesitaba mirar.

Aquella música ya estaba pintando dentro de él.

El búho escuchaba.

No analizaba.

No comparaba.

No corregía.

Solo escuchaba.

Y, mientras lo hacía, comprendió algo que jamás había imaginado durante los años en que creyó conocer la música.

La armonía nunca había consistido en que todos fueran iguales.

La verdadera armonía aparecía cuando cada voz podía ser completamente ella misma sin dejar de escuchar a las demás.

Sintió entonces una emoción inesperada.

No era orgullo.

Tampoco tristeza.

Era gratitud.

Gratitud por haber llegado al bosque.

Gratitud también por sus errores.

Gratitud por haber encontrado amigos que no intentaron vencerlo, sino comprenderlo.

Miró al mirlo.

El joven ya no cantaba como antes.

Había ganado profundidad.

Miró a las ranas.

Seguían siendo espontáneas.

Pero ahora sabían esperar.

Miró a los grillos.

A las abejas.

A los ciervos.

A los árboles.

Todo conservaba su identidad.

Y, precisamente por eso, todo pertenecía a una misma música.

El sol comenzó a descender lentamente.

Las sombras crecieron sobre el claro.

La melodía fue haciéndose cada vez más sencilla.

Las voces comenzaron a retirarse una a una.

No porque terminaran.

Porque habían aprendido que también existe belleza en dejar espacio para que otro continúe.

El último en permanecer fue el viento.

Atravesó las hojas más altas.

Descendió lentamente hasta el arroyo.

Rozó el rostro del búho.

Después siguió su camino hacia la montaña.

Entonces llegó el silencio.

Pero ya nadie lo sintió como un vacío.

Era la respiración tranquila de una obra que no necesitaba repetirse para seguir viva.

El búho dio un paso al frente.

No buscó un lugar elevado.

Se quedó exactamente en el lugar donde estaba.

Miró a todos los habitantes del bosque.

Su voz apenas era un susurro.

—Gracias.

Solo esa palabra.

Nada más.

Y comprendieron que era suficiente.

Lolo abrió lentamente la pequeña libreta que había llevado consigo.

En la primera página escribió una única frase.

"Hay obras que terminan cuando deja de sonar la última nota."

Permaneció unos segundos... inmóvil.

Luego sonrió y escribió debajo.

"Las más importantes comienzan justamente allí."

Nadie vio aquellas palabras.

No hacía falta.

Porque, de algún modo misterioso, todos parecían conocerlas ya.

El sol desapareció detrás de la montaña.

Las primeras luciérnagas comenzaron a encenderse.

No para iluminar el camino.

Sino para recordar que incluso la luz más pequeña puede ayudar a otro a encontrar la noche sin miedo.

Y mientras el bosque regresaba lentamente a su vida cotidiana, nadie tuvo la sensación de haber asistido a un final.

Sintieron algo mucho más difícil de explicar.

Como si la música no hubiera concluido.

Como si hubiera dejado de necesitar sonidos para seguir existiendo.



La niebla

La noche en que ya no fue posible distinguir dónde terminaba el bosque y comenzaba el corazón

La madre permaneció unos instantes con la mano apoyada sobre la última página.

No la volvió inmediatamente.

Sabía que después no habría otra.

El niño tampoco preguntó nada.

Tenía los ojos abiertos, aunque el sueño comenzaba a pesarle sobre los párpados. Miraba el libro como si esperara que de sus páginas llegara todavía algún sonido.

Pero el bosque había quedado en silencio.

La madre leyó una vez más la última frase, esta vez solo para sí.

Luego cerró el libro.

Lo hizo lentamente.

Con el mismo cuidado con que se cierra una ventana cuando alguien duerme cerca.

La cubierta ocultó al búho.

Al mirlo.

A Lolo.

Al claro.

A las ranas, los grillos, las luciérnagas y el arroyo.

Sin embargo, durante unos segundos, ninguno de ellos pareció desaparecer.

Seguían allí.

No entre las páginas.

En la habitación.

El niño miró hacia la ventana.

—¿Crees que el búho volvió a dirigir alguna vez?

La madre sostuvo el libro sobre sus rodillas.

Pensó la respuesta.

Después comprendió que no debía buscarla demasiado.

—Tal vez.

—¿Y volvió a equivocarse?

La madre sonrió.

—Seguramente.

El niño permaneció en silencio.

Aquella respuesta pareció tranquilizarlo más que cualquier promesa de perfección.

—Pero ya sabía escuchar —dijo.

No era una pregunta.

La madre asintió.

—Sí.

Apoyó el libro sobre la mesa de noche.

La lámpara dibujaba un círculo de luz alrededor de la cama. Fuera de él, los muebles comenzaban a confundirse con las sombras.

La madre acomodó la manta sobre los hombros del niño.

Retiró un mechón de cabello de su frente.

Luego se inclinó y lo besó.

El niño cerró los ojos.

—Mamá...

—¿Sí?

—Mañana podemos volver a leerlo.

La madre miró el libro.

—Mañana podemos volver a abrirlo.

El niño pareció notar la diferencia.

Sonrió sin abrir los ojos.

La madre apagó la lámpara.

Durante un instante, la oscuridad llenó por completo la habitación.

Después apareció la luz pálida de la ciudad, filtrándose por la ventana.

La madre caminó hacia la puerta.

Antes de salir, volvió la mirada.

El niño ya dormía.

O quizá solo fingía dormir para continuar escuchando a solas aquello que la historia había dejado dentro de él.

La madre cerró la puerta sin hacer ruido.

La casa fue quedándose quieta.

En la cocina, una llave dejó caer una gota.

En algún lugar, una madera crujió.

El reloj avanzó un minuto.

Luego otro.

Nadie los contó.

Afuera, la ciudad continuaba despierta.

Los automóviles recorrían las avenidas dejando breves reflejos sobre el pavimento.

Algunas ventanas permanecían iluminadas.

En una de ellas, alguien escribía.

En otra, una mujer recogía los platos de la cena.

Más lejos, un anciano escuchaba una melodía que conocía desde hacía muchos años.

Un autobús se detuvo.

La ciudad siguió respirando.

Entonces comenzó a llover.

Al principio fueron apenas unas gotas separadas.

Golpearon los tejados.

Las ramas.

Los vidrios.

El metal de los balcones.

Cada superficie respondió con un sonido distinto.

Nadie dirigía aquella música.

Nadie la había escrito.

Sin embargo, poco a poco, la lluvia encontró un ritmo.

Las gotas que caían sobre la ventana del niño descendían lentamente por el cristal. Algunas se unían. Otras seguían caminos distintos. Por un momento parecían pequeñas criaturas buscando una salida.

Dentro de la habitación, el libro permanecía cerrado sobre la mesa.

Una corriente de aire movió apenas la cortina.

La esquina de la cubierta recibió un reflejo de la calle.

Después volvió a quedar en sombra.

La lluvia continuó.

Sobre las avenidas comenzó a elevarse una neblina tenue.

Primero cubrió los lugares más bajos.

Los jardines.

Las aceras.

Las ruedas de los automóviles.

Después fue ascendiendo.

Los edificios perdieron sus bordes.

Las luces de los semáforos dejaron de parecer círculos y se convirtieron en manchas suspendidas en el aire.

Los árboles de la ciudad se hicieron más altos.

O quizá solo parecían más antiguos.

Sus ramas se confundieron unas con otras.

Las hojas mojadas temblaron bajo el viento.

Desde algunas ventanas, las luces pequeñas comenzaron a parecer luciérnagas.

El rumor de los automóviles se alejó.

En su lugar quedó una respiración profunda, semejante al sonido de un bosque cuando nadie lo observa.

La niebla siguió avanzando.

Entró en las calles estrechas.
Rodeó las estatuas.
Cubrió los parques.
Se deslizó sobre los puentes.
Desdibujó los letreros, los números de las casas y
los nombres de las avenidas.
Por un momento, la ciudad pareció olvidar cómo se
llamaba.
Ya no había calles principales.
Ni lugares importantes.
Ni caminos secundarios.
Solo senderos que desaparecían en la blancura.
En alguna parte, un pájaro cantó.
Tal vez se había despertado demasiado temprano.
Tal vez todavía no se había dormido.
Su canto atravesó la neblina.
Ningún otro pájaro respondió.
Pero una gota cayó desde una rama.
Después otra.
Y otra.
En la habitación, el niño se movió bajo la manta.

Sus labios pronunciaron una palabra que nadie alcanzó a escuchar.

Quizá dijo búho.

Quizá bosque.

Quizá no dijo nada.

La madre se detuvo al otro lado de la puerta.

Había creído oírlo.

Esperó.

No volvió a producirse ningún sonido.

Sin embargo, no se marchó inmediatamente.

Permaneció allí unos segundos, con una mano sobre la madera, escuchando.

Luego siguió su camino.

La niebla alcanzó la ventana.

El cristal dejó de mostrar la ciudad.

Solo quedó una claridad incierta, sin profundidad ni distancia.

Desde la cama, el cuarto podía haber estado en lo alto de un edificio.

O en medio de un bosque.

O en algún lugar que todavía no tenía nombre.

La lluvia fue haciéndose más leve.

Las gotas comenzaron a separarse.
Los intervalos entre ellas se hicieron más largos.
El mundo parecía descansar entre un sonido y otro.
Sobre la mesa, el libro seguía cerrado.
Pero algo se movió bajo la cubierta.
No fue una página.
No fue el viento.
Quizá solo la madera acomodándose bajo su peso.
Quizá el eco de la lluvia.
Quizá nada.
La neblina cubrió las últimas luces.
Difuminó los tejados.
Los árboles.
Las ventanas.
Después pareció entrar en los recuerdos.
El claro se volvió indistinto.
El viejo roble perdió sus contornos.
El arroyo se confundió con la lluvia.
Las alas del búho se mezclaron con la noche.
El canto del mirlo dejó de pertenecer a un solo pájaro.

Los colores de Lolo comenzaron a extenderse más allá del lienzo.

El bosque y la ciudad dejaron de estar separados.

También el conocimiento y la intuición.

La música y el silencio.

La madre y el niño.

Quien contaba la historia y quien la escuchaba.

Todo quedó bajo el mismo manto.

No desapareció.

Solo dejó de tener fronteras.

La noche avanzó.

La ciudad reposó.

El bosque también.

Nadie supo con certeza dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Poco antes del amanecer, la lluvia cesó.

La última gota permaneció suspendida en el borde de una rama.

Tembló.

Cayó.

En la habitación, una página del libro se levantó apenas y volvió a descansar.

Después no ocurrió nada.

Y, durante un instante imposible de medir, el mundo entero pareció escuchar.

FIN



Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.







EL VIAJE CONTINÚA...

Descubre la colección completa de

El búho que
dirigía el bosque

CINCO LIBRILLOS ILUSTRADOS
y un LIBRO DE ACTIVIDADES

Historias para leer juntos, conversar sin prisa,
dibujar, imaginar y aprender a escuchar el mundo.

Cada librito abre una nueva parte de la historia
y acompaña a los niños en el descubrimiento de
la amistad, la creatividad, la confianza
y su propia voz.

*Disponibles por separado
o en el paquete completo.*

*Porque algunas historias terminan...
pero otras apenas comienzan a volar.*





© 2026 Guillermo Isaza Fiscó
Todos los derechos reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin
autorización